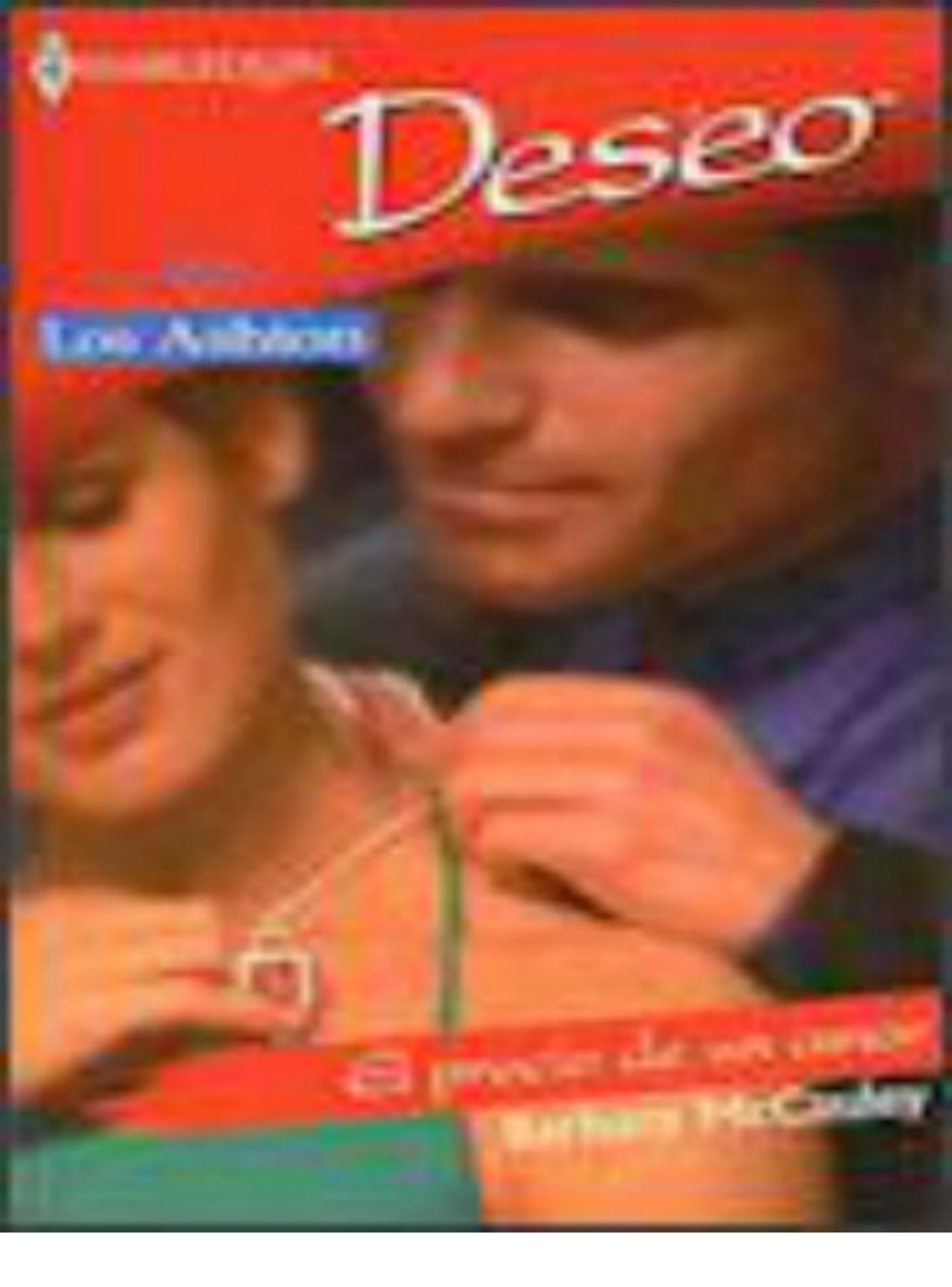

Deseo
Los Ashton

El Precio de un Amor *Barbara McCauley*

12º Serie Multiautor Los Ashton

El Precio de un Amor (2006)

Título Original: Name your price (2005) **Serie Multiautor: 12 Los Ashton**

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello /Colección: Deseo Miniserie 12

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Trace Ashton y Becca Marshall

Argumento:

Aquella búsqueda de la verdad podría costarle más de lo que estaba dispuesto a pagar...

El millonario Trace Ashton había descubierto lo frías que podían ser algunas mujeres de la peor manera posible; su prometida había aceptado un millón de dólares por dejar de verlo. Aquella traición lo había convertido en un hombre amargo y vengativo. Por eso cuando Becca Marshall se atrevió a regresar y pretendió volver a moverse en los mismos círculos sociales que él, Trace ideó su venganza.

---

no encajaba con el precio que le habían pagado por traicionarlo...

WINE COUNTRY COURIER

Crónica Rosa

LA SAGA DE LOS ASHTON LLEGA A SU FIN

Finalmente se ha resuelto el caso del asesinato del magnate Spencer Ashton, ¿Quién habría pensado que detrás de un acto tan cruento estaría su propia hija, Grace Ashton? Su marido, que fue quien apretó el gatillo, y ella están ya entre rejas y por primera vez en muchos meses los Ashton pueden respirar tranquilos.

Sin embargo la disputa por la fortuna del millonario continúa. Eli y Trace, hijos del segundo y tercer matrimonio de Spencer Ashton, siguen empeñados en que la justicia decida quiénes son los herederos legítimos de dicha fortuna. ¿Terminarán algún día las rencillas y los escándalos de esta familia?

Dicen quienes lo conocen que Trace tiene un corazón de piedra, aunque según parece no siempre fue así. Cuentan que hace años iba a casarse con

una joven llamada Becca Marshall, y que por considerarla inapropiada para él su padre le ofreció una suma sustancial a la chica para que lo dejara. Y según parece ella aceptó, rompiéndole el corazón a Trace.

Cuentan también que Becca ha vuelto al Valle de Napa, y que Trace está planeando cuidadosamente su venganza. ¿Cómo acabará todo esto?

Prólogo

Cuando la bala impacto en su pecho Spencer Ashton supo que iba a morir.

Antes de ese momento nunca había pensado en que un día le llegaría la hora de la muerte. Su arrogancia y su orgullo habían hecho que se negase a dedicarle siquiera un pensamiento.

Después de todo estaba aún en la flor de la vida a sus sesenta y dos años. Seguía siendo un hombre atractivo, no había perdido un ápice de su agilidad mental, y había amasado una fortuna con la que otros sólo podían soñar.

También había conseguido todo lo que siempre había deseado. . y aún más: había conducido coches caros, vivido en casas elegantes, yacido con las mujeres más hermosas. . Para ser el hijo de un matrimonio de granjeros de un apestoso pueblo de Nebraska no le había ido nada mal. ¿Y qué si para llegar donde había llegado había tenido que pasar por encima de unos cuantos insectos insignificantes?

Todavía aturdido, alzó la vista hacia Wayne Cunningham, la sanguijuela que había apretado el gatillo, y luego giró la cabeza hacia la mujer que estaba de pie junto a él.

Su propia hija. .

Los ojos de Grace, fijos en él, relumbraban con un brillo gélido.

Spencer bajó la vista a la mano que tenía agarrada al pecho y vio la sangre filtrándose entre sus dedos; un reguero de un rojo intenso que manaba incesante sobre su corbata de seda de Arman¡.

Intentó hablar, pero el único sonido que salió de su garganta fue un gemido ahogado.

—¿Qué has dicho, papaíto? —le preguntó Grace en un tono que rezumaba odio.

Se acercó al sillón de cuero en el que estaba sentado, y con una sonrisa cruel en los labios se agachó para decirle al oído:

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

—Grace. .

Su nombre fue la única palabra que pudo articular antes de sentir que se ahogaba con la sangre que estaba inundándole los pulmones.

—Lo único que quería era lo que me correspondía por derecho —masculló Grace apartándose de él al tiempo que se golpeaba el pecho con un puño—. Maldita sea; Grant y yo apenas habíamos nacido cuando nos abandonaste. Tuvimos que vivir con las ayudas que nos daba la parroquia y vestirnos con ropa de segunda mano mientras tú te habías vuelto a casar sin haberte divorciado de nuestra madre, vivías en una gran mansión, y llevabas trajes hechos a medida.

Spencer se quedó mirando a su hija con la vista nublada por el dolor. Había estado dando dinero a aquella zorra y a su marido

durante años para que mantuvieran la boca cerrada respecto a su primer matrimonio, pero después de que la prensa lo descubriera, meses atrás, le había parecido que ya no tenía sentido seguir haciéndolo.

Cuando aquel idiota había sacado la pistola no había imaginado que tendría las agallas suficientes para usarla.

Había sido un grave error subestimarlo, y por ello iba a pagar con su vida.

Wayne se movía inquieto por el despacho.

—Gracie, cariño, deberíamos irnos antes de que venga alguien.

Grace se volvió hacia él con expresión irritada.

—Las oficinas hace una hora que cerraron; todo el mundo se ha ido a casa —

replicó ella. Se giró de nuevo hacia Spencer y sonriendo con malevolencia añadió—: no va a venir nadie.

—Lo sé, cariño, pero aun así. .

La sonrisa se esfumó en el acto de los labios de Grace.

—Nos marcharemos cuando haya terminado, maldita sea; no antes —le espetó.

Apoyó las manos en el escritorio de su padre, se inclinó hacia delante, y lo miró a los ojos—. Pero tú, bastardo egoísta sin corazón, ni siquiera con eso te diste por satisfecho. Le quitaste a Caroline Lattimer todo lo que tenía, los dejaste tirados a sus hijos y a ella, y volviste a casarte de nuevo.

Lilah; su tercera esposa; probablemente la única mujer que lo había comprendido, se dijo Spencer; quizá porque era tan ambiciosa como él. Había sido una esposa obediente, una mujer atractiva en su juventud, le había dado un hijo y dos hijas, e incluso había tolerado sus aventuras. . hasta la última con su secretaria, Alyssa Sheridan. Alyssa se había quedado embarazada y había tenido un hijo, un niño al que había llamado Jack y al que él ya no vería crecer.

—Ahora estás pagando por todo eso, hijo de perra —oyó decir a Grace.

Sin embargo parecía que su voz le llegara desde muy lejos y un frío gélido se deslizó por sus venas. El tiempo pareció ralentizarse y su visión comenzó a oscurecerse.

Todos los pecados que había cometido a lo largo de su vida fueron pasando por su mente en una rápida sucesión de rostros e imágenes, como una película filmada a cámara rápida.

El frío y la oscuridad lo envolvieron, y al tiempo que exhalaba su último aliento Spencer Ashton supo que se pudriría para siempre en el infierno.

Capítulo Uno

No podía decirse que lo hubiera pillado por sorpresa. Hacía ya días que Trace sabía que Becca estaba en la ciudad. Había oído a la gente murmurar sobre ello a sus espaldas en más de una ocasión.

No estaba seguro de qué era lo que le había hecho girar la cabeza hacia el ventanal de la pequeña cafetería al otro lado de la calle. Quizá hubiera sido su melena castaña, o quizá la elegante manera en que gesticulaba mientras hablaba con una persona a la que no podía ver.

No, no había sido ninguna de esas dos cosas, se dijo mientras la miraba. Antes incluso de haberla visto por el rabillo del ojo había intuido que estaba allí; había sentido su presencia.

El darse cuenta de hasta qué punto seguía teniendo ese poder sobre él hizo que una ráfaga de ira lo sacudiese, pero se obligó a dejar a un lado sus emociones. No iba a dejar que el regreso de Becca le afectase. Lo suyo ya era cosa del pasado; historia.

Habían pasado cinco años y entonces los dos habían sido unos críos: ella tenía veinte años cuando se comprometieron y él acaba de cumplir los veintiuno.

Además, con todo lo que había ocurrido en los últimos meses: el asesinato de su padre, el arresto y la confesión de su hermanastra, los altercados familiares. . volver a atormentarse con lo que pudo haber sido y no fue era lo último que necesitaba.

Sin embargo no podía negar que el paso de los años había tratado bien a Becca.

Las luces de colores navideñas que decoraban el ventanal de la cafetería le daban a la piel de su rostro un brillo etéreo, y sus facciones, más adultas, habían ganado en belleza.

De pronto se encontró recordando el sonido de su risa, la suavidad de su piel, el dulce sabor de sus labios. . Un sabor que la traición había tornado amargo.

Por amor de Dios, había ido a la ciudad a cenar con su hermana, no a desenterrar el pasado.

Observó a Becca sonreír a su interlocutor, y al ver el hoyuelo que se formó en su mejilla apretó los dientes, se dio la vuelta y echó a andar. Becca pertenecía al pasado, se repitió, ya no significaba nada para él.

La Navidad siempre había sido una época mágica en el Valle de Napa. Las luces en los escaparates de las tiendas, el reno y el Santa Klaus animados en el tejado de la fábrica McIntye, el enorme abeto decorado en el centro del casco antiguo de la ciudad. .

Becca inspiró profundamente, metió las manos en los bolsillos del abrigo, y echó a andar de nuevo calle abajo. Se alegraba de estar de

vuelta.

Algunas tiendas habían cerrado y en su lugar habían abierto otras nuevas, pero el cambio era algo inevitable, se dijo. Podías resistirte a él, negarte a aceptarlo, pero por mucho que lo intentaras no podías detenerlo. El cambio era algo inherente a la vida.

Se detuvo ante el escaparate de una tienda de regalos, donde bailaba un muñeco de nieve. Dentro una niñita pelirroja se lo señalaba a su padre riendo.

Por suerte había cosas que nunca cambiarían, pensó observando el brillo ilusionado en los ojos de la chiquilla.

Se volvió para seguir su camino, pero al hacerlo se chocó con alguien, que la tomó por los hombros para sujetarla y que no se cayera hacia atrás.

—Perdone —se disculpó Becca aturdida, levantando la cabeza—; no lo. .

Al ver el rostro del hombre con el que había chocado se quedó de piedra. «Oh, Dios. . Trace. .»

Esos ojos verdes, ese cabello castaño. . Lo habría reconocido aunque hubiesen pasado diez años en vez de cinco.

—Hola, Becca —la saludó con el ceño fruncido y los ojos entornados.

Desde el momento en que había llegado a Napa había sido consciente de que cabía la posibilidad de que se encontrasen, pero nunca habría imaginado que se tropezaría con él tan pronto. . y literalmente, además.

Se había pasado semanas preparándose para ese momento, visualizándose a sí misma muy digna y calmada, con la situación bajo control. Había imaginado exactamente qué le diría, cómo le sonreiría, y hasta qué tono emplearía. . un tono despreocupado que no se parecía en nada al susurro que abandonó sus labios en ese momento:

—Trace. .

Sus manos la tenían todavía asida por los brazos, y a través del abrigo Becca sintió el calor que irradiaban. El corazón le golpeaba con fuerza las costillas y los latidos resonaban en sus oídos. ¡Qué tonta había sido al pensar que podría prepararse para aquel encuentro!

Finalmente Trace la soltó y Becca pudo volver a respirar.

—Lo. . lo siento de verdad —balbució—; no te había visto.

—De modo que eran ciertos los rumores de que habías vuelto —dijo él.

Becca se metió las manos en los bolsillos, temerosa de que Trace viera cómo le temblaban.

—He venido porque me han encargado un reportaje fotográfico para las bodegas Ivy Glen.

—Eso había oído.

—Oh —musitó Becca.

Sin embargo no le sorprendía; en el valle de Napa todos los que se dedicaban al negocio del vino se conocían. Se preguntó qué más habría oído y cuánto de cierto habría en lo que hubiese oído.

—Bueno y. . ¿cómo. . cómo estás?

La pregunta no había podido sonar más ridícula, pero estaba aún tan aturdida que eso era lo único que se le había ocurrido.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien; bien.

—Ha pasado mucho tiempo, Becca.

Ella asintió en silencio mientras estudiaba su rostro, maravillándose de cómo aquellos cinco años habían cambiado sus facciones. Los rasgos juveniles habían desaparecido, dando paso a otros más varoniles, más adultos.

Otras cosas sin embargo no habían cambiado, se dijo. Su intensa mirada seguía haciendo que le temblasen las rodillas y que se estremeciese por dentro.

Cinco años atrás, al verlo, se habría lanzado a sus brazos riendo y lo habría besado. Cinco años atrás él habría sonreído también y le habría devuelto el beso, susurrándole luego algo oído que la habría hecho sonrojar de placer.

—Siento lo de tu padre —le dijo. Todos los periódicos y cadenas de televisión de Los Ángeles habían estado siguiendo durante esos siete meses el caso del asesinato de Spencer Ashton—. Iba a llamarte cuando me enteré, pero. .

—¿Pero qué?

«Pero fui una cobarde».

—No quería molestar.

—Entiendo.

Becca sintió una punzada al oír el sarcasmo en su voz. Habría querido extender la mano hacia él, decirle que no lo entendía en absoluto, pero no se atrevió. No habría podido soportarlo si Trace se hubiera apartado de ella para evitar que pudiera tocarlo.

—Pensé que mis condolencias no serían bien recibidas —le dijo quedamente—; sobre todo teniendo en cuenta lo que ocurrió entre nosotros.

Trace apretó los labios.

—Fuiste tú laque te marchaste; no yo.

Era la verdad, pero aquél no era el lugar más apropiado para discutir aquello, en medio de la calle, se dijo Becca. Lo cierto era que tampoco era que quisiera hablar de eso con él en ningún otro lugar ni en ningún otro momento.

—Trace, por favor. .

Él se quedó callado, escrutando su rostro. Cinco años atrás, con

sólo mirarlo, Becca habría podido adivinar qué estaba pensando, qué estaba sintiendo, pero las facciones del hombre que tenía frente a ella en ese momento eran como una fortaleza inexpugnable. Se había convertido en una persona distinta; alguien a quien apenas reconocía. Claro que también ella había cambiado.

—He oído que tu madre ha comprado el pub —dijo Trace de repente.

—Llevaba trabajando allí quince años —contestó ella, aliviada por que hubiera cambiado de tema—; era lo natural que el dueño le cediese el negocio cuando se retirase. Ha estado remodelándolo, y la semana que viene va a hacer una fiesta de reapertura.

Los nervios estaban haciéndole hablar de más. La familia de Trace poseía una de las bodegas mayores y más prósperas del Valle de Napa. Dudaba que le interesase en lo más mínimo la fiesta de reapertura de un pequeño pub.

—¿Estás alojada en casa de tu madre?

—Sí porque sólo voy a quedarme dos o tres semanas; hasta que acabe el trabajo.

—Ivy Glen es una de las bodegas más importantes de Napa. Debes haberlos impresionado para que te hayan contratado.

Becca se encogió de hombros.

—Me siento agradecida de que me hayan dado una oportunidad.

Trace no dijo nada, sino que siguió mirándola fijamente y Becca, incómoda, cambió el peso de una pierna a otra. Resultaba tan extraño tener a Trace frente a sí después de cinco años y que estuviesen teniendo una conversación tan educada y superficial..

—Debo irme ya —le dijo.

Él asintió y se hizo a un lado.

—Cuídate, Becca.

—Tú también, Trace.

A Becca le temblaban las piernas como si se le hubiesen vuelto de goma, pero de algún modo logró mantener la compostura y alejarse con paso lento y calmado en vez de echarse a llorar y salir corriendo.

Con los puños apretados en los bolsillos Trace se detuvo a unos pasos del restaurante donde había quedado con su hermana e inspiró profundamente. No podía entrar en el local y sentarse junto a su hermana furioso como estaba en ese momento, con la sangre hirviéndole en las venas y un nudo en el estómago.

¿Cómo podía haber sido tan estúpido?

¿Acaso había pensado que mirándola a los ojos y teniendo una conversación civilizada con ella iba a conseguir que desapareciese la rabia que había estado devorándolo durante esos cinco años?

No sólo no había sido así, sino que se sentía aún más dolido y frustrado.

¿Y se habría sentido mejor acaso si hubiese hecho al menos un intento por disculparse? No, se respondió sacudiendo la cabeza mentalmente. Aquello lo habría enfurecido todavía más.

Al recordarle que había sido ella quien se había marchado, Becca había apartado la vista, y le había parecido ver arrepentimiento en sus ojos, pero probablemente había sido sólo un destello de culpabilidad.

Cinco años atrás se había marchado dejándole una nota junto con el anillo de compromiso que él había puesto en su dedo un mes antes. A leerla se había quedado completamente aturdido; incapaz de creer que aquello estuviese ocurriendo.

Trace, se me ha presentado la oportunidad de estudiar fotografía en Milán y como sabes ése ha sido siempre mi sueño. Espero que puedas perdonarme algún día; te deseo todo lo mejor

¡Qué estúpido por su parte haber creído hasta entonces que entre sus sueños estaba también el convertirse en su esposa y ser la madre de sus hijos!

Para su desgracia, sin embargo, después de aquello, después de lo que le había hecho, seguía sintiéndose atraído por ella. Cuando se había tropezado con él y la había sujetado por los hombros, había tenido que hacer un esfuerzo inmenso para no atraerla hacia sí y besarla.

«Es lo que debería haber hecho», pensó apretando la mandíbula. «Debería haberla besado hasta dejarla sin aliento y luego alejarme sin mirar atrás».

Resopló y se frotó el rostro con una mano. Tenía que reponerse o Paige se daría cuenta de que le pasaba algo.

—Buenas noches, señor Ashton —el maître saludó a Trace con una sonrisa cuando entró en el restaurante—. Su hermana está esperándolo.

—Gracias, Malcolm.

Trace se quitó el abrigo y siguió al hombre hasta la mesa donde estaba Paige.

—Perdona que llegue tan tarde —se disculpó con ella, dándole un beso en la mejilla antes de sentarse frente a ella—. Un whisky, por favor —le dijo a la camarera que se acercó a preguntarle qué iba a tomar de beber.

—No pasa nada; yo he llegado hace sólo un rato —respondió Paige cuando la chica se hubo marchado—. No es fácil comprarle un regalo de Navidad a un hombre que tiene de todo.

Matt esbozó una sonrisa traviesa.

—Si quieres puedo darte alguna idea; no me vendrían mal unos. .

—Sabes perfectamente que me refiero a Matt —dijo Paige enarcando una ceja.

Trace se rió.

—Está bien, está bien; sólo bromeaba —se disculpó—. De todos modos puedes ahorrarte el tiempo y el dinero. Matt ya tiene lo que quiere —añadió lanzando una mirada elocuente a su anillo de compromiso.

Paige levantó la mano y miró el anillo de diamantes en su dedo con una sonrisa tímida.

—También yo —murmuró—. Estoy tan enamorada de él, Trace. .

—¿Ya habéis fijado la fecha de la boda?

—Matt quiere que la celebremos en junio, pero a mí me parece poco tiempo.

—¿Seis meses te parece poco tiempo? —exclamó Trace sacudiendo la cabeza—.

Nunca entenderé cómo puede tardarse tanto en preparar una ceremonia que luego apenas dura diez minutos y una fiesta en la que lo único que le importa a la gente es que les den de comer y que haya baile.

—Eso es porque eres un hombre —replicó ella tomando un sorbo de su copa de vino—, pero espera a que te llegue tu turno y lo comprenderás.

—Me temo que eso es algo que no va a pasar, hermanita —contestó Trace.

Ansioso por cambiar de tema, le preguntó—: Bueno, ¿no vas a decirme todavía el motivo de esta cena?

Paige esbozó una sonrisa.

—Pues verás es que. . hoy he ido a ver a Jack.

Trace frunció el entrecejo. Jack era uno de sus hermanastros; fruto del último romance de su padre. La madre del pequeño había fallecido tras dar a luz y era su hermana, Anna Sheridan, quien se había hecho cargo de él.

—Paige. .

—Espera, escúchame antes de decir nada —le rogó ella tomando su mano—. Es un crío adorable, Trace. Tiene una sonrisa capaz de derretir un iceberg. Es lo que nuestra familia necesita, Trace, es lo único que puede unir a todos los Ashton.

Dulce Paige, pensó Trace con un suspiro. Siempre intentando ejercer el papel de mediadora entre unos y otros.

—Tenemos seis hermanastros, Paige, y seis de ellos fueron abandonados por nuestro padre antes de que se casara con nuestra madre y nosotros naciéramos. ¿De verdad crees que ese niño podría hacer que olvidáramos las rencillas y los rencores?

—Ven conmigo a verlo —le dijo ella apretándole la mano—. En cuanto lo conozcas seguro que. .

—Paige, no es una buena idea —la cortó él en un tono algo áspero —. Si vuelvo a poner un pie en Las Viñas, El¡ probablemente soltará a

los perros para que me despellejen vivo.

—No me sorprendería después del puñetazo que le diste la última vez que estuvo en nuestra propiedad —dijo ella.

—Está bien, quizá me pasé un poco —admitió Trace a regañadientes.

En cualquier caso, Eli no había sido el único que había recibido. Él también había acabado magullado.

La camarera llegó en ese momento con la bebida de Trace y Paige esperó a que se hubiera marchado para inclinarse hacia delante y sisearle con una ceja enarcada:

—¿Sólo un poco?

—De acuerdo; me pasé bastante —reconoció ceñudo su hermano, antes de tomar un trago de whisky—; ¿estás satisfecha?

—Lo estaré cuando dejes de comportarte como un crío.

Trace no acababa de acostumbrarse al cambio que el amor parecía haber obrado en Paige. Desde que estaba con Matt se había vuelto más decidida, había desarrollado una mayor confianza en sí misma. Eran dos cualidades que admiraba, pero le fastidiaba que su hermana pequeña le diese lecciones.

—¿Sabe nuestra madre que estás haciendo alianzas con el enemigo?

—No son el enemigo, Trace —replicó Paige con suavidad—; son familiares nuestros y te guste o no la misma sangre corre por nuestras venas. Si al menos les dieses una oportunidad estoy segura de que hasta te caerían bien. Y por lo que respecta a nuestra madre. . no, por supuesto que no lo sabe. Se pondría hecha un basilisco si se enterase de que he estado yendo a Las Viñas a ver a Jack, así que te agradecería que no le dijeras nada.

Decir que se pondría hecha un basilisco era decir poco, pensó Trace. Su madre les había dejado bien claro a Megan, a Paige, y a él que no quería que tuviesen trato alguno con sus hermanastros porque estaba convencida de que querían quitarles la mansión y todo lo que su padre les había dejado en herencia.

—Trace, por favor. . —le suplicó Paige—. Prométeme al menos que lo pensarás.

—Está bien —accedió él con un suspiro antes de tomar otro sorbo de whisky—; lo pensaré.

—Gracias —respondió ella sonriente. Luego se echó hacia atrás en el asiento y se quedó mirándolo en silencio, como esperando algo—. Bueno, ¿vas a contármelo o no?

—¿Contarte qué?

—Lo de Becca.

Trace casi volcó el vaso de whisky al dejarlo sobre el mantel blanco.

—¿Por qué la mencionas?

—Pues porque te he visto antes hablando con ella —le contestó Paige sin apartar la vista de él.

Diablos.

—No hay nada que contar. Nos tropezamos en la calle; eso fue todo.

—¿Que no hay nada que contar? —repitió Paige incrédula mirándolo de hito en hito—. ¿Te has encontrado con la mujer con la que ibas a casarte y a la que no veías desde hace cinco años y te parece que no hay nada que contar?

Trace apretó los labios.

—No, no hay nada que contar.

—He oído que va a quedarse unas cuantas semanas en la ciudad.

—¿Ah, sí? —respondió Trace intentando fingir que no sentía interés alguno.

—¿Vas a volver a verla?

—No.

—Pues yo creo que deberías hacerlo. ¿Dónde diablos se habría metido la camarera? ¿No iba a tomarles todavía nota de lo que iban a tomar?

—Para qué?

—Bueno, para empezar para que te explique por qué se marchó como lo hizo. Creo que al menos deberías darle la oportunidad de explicarse.

—Sabes tan bien como yo por qué se marchó, Paige —le dijo Trace con los dientes apretados.

Paige bajó la vista a su copa, pensativa.

—Sí, pero deberías dejar que fuese ella quien te lo dijese.

Oírlo de sus labios únicamente lo pondría aún más furioso.

—¿Algún otro motivo por el que creas que debo volver a verla?

—Pues sí; creo que necesitas pasar página —le contestó Paige encogiéndose de hombros—.. para poder empezar una nueva etapa en tu vida.

Justo lo que le faltaba; su hermana pequeña dándole consejos sobre cómo debía llevar su vida privada.

—Paige, por amor de Dios, han pasado cinco años; los dos hemos seguido con nuestras vidas durante ese tiempo. Fin de la historia; punto final.

Por suerte para él, en ese momento reapareció la camarera, y Paige dejó el tema.

No necesitaba pasar página, ni empezar una nueva etapa en su vida, se dijo irritado mientras la camarera les recitaba las recomendaciones del chef. Lo único que necesitaba era borrar a Becca de su mente por completo.

Capítulo Dos

Todavía en pijama y envuelta en su bata, Becca estaba de pie junto a la ventana de la cocina, observando la fina lluvia caer sobre el jardín de su madre.

El leve golpeteo de las gotas en los cristales resultaba. . relajante, pensó, y eso era justo lo que necesitaba: relajarse un poco, porque estaba tensa desde su encuentro con Trace.

Se apartó de la ventana y fue hasta donde estaba la cafetera. Echó un par de cucharadas de café molido en el filtro, dos medidas de agua, y la puso en marcha.

Después de lo poco que había dormido esa noche, también necesitaba un poco de cafeína.

Mientras se hacía el café se acercó a la pequeña mesa redonda que había en el rincón y acarició con las yemas de los dedos el respaldo de una de las sillas de madera.

¿Cuántas veces se había sentado allí Trace y habían charlado hasta el amanecer?;

¿cuántas tazas de café habían compartido, cuántos sueños, cuántos besos?

Cerró los ojos con un suspiro y dejó caer la mano junto a su costado. Demasiados recuerdos, se dijo.

El solo pensar en los besos de Trace hizo que un cosquilleo le recorriera la espalda. De todos los hombres a los que había conocido, Trace era el único que la hacía sentir así, el único que hacía que el corazón se le desbocase y que las piernas le temblaran.

Probablemente para todas las mujeres el primer amor era el más especial, pero en su caso Trace no había sido sólo el primero, sino también el único.

—Qué temprano te has levantado.

Becca dio un respingo al oír la voz de su madre, y al volverse la vio cerrando la puerta trasera, con las gafas puestas a modo de diadema y una carpeta llena de papeles bajo el brazo.

¿Tan abstraída había estado en sus pensamientos que ni siquiera había oído abrirse la puerta?, se preguntó Becca.

A sus cuarenta y dos años Elaine Marshall tenía una energía que Becca envidiaba.

No recordaba una sola noche en que su madre hubiese dormido más de seis horas, y a lo que parecía esa noche no había sido una excepción, sé dijo fijándose en que llevaba la misma ropa con que se había ido a trabajar el día anterior.

—Y tú llegas muy tarde —le contestó.

Se había acostumbrado desde niña a que su madre trabajase de noche, pero era inusual en ella regresar a las cinco y media de la

mañana.

—He estado haciendo inventario —respondió su madre con una sonrisa cansada.

Dejó la carpeta sobre la encimera, abrió un armarito, y sacó dos tazas de él.

—Mamá, deja eso —la reprendió Becca, yendo junto a ella y quitándoselas de las manos—. Trae, anda, ya me ocupo yo.

—Hija, no tienes por qué. .

—Lo sé, pero quiero hacerlo —replicó Becca dejando las tazas junto a la carpeta

—. Venga; ve a sentarte.

Su madre le hizo caso, pero apenas se había sentado cuando volvió a levantarse y se dirigió a la despensa.

—Creo que tengo guardadas por aquí unas magdalenas con limón que. .

—Madre. . siéntate.

Elaine enarcó una ceja.

—Pues sí que te has vuelto mandona desde que te has independizado. .

—Lo he aprendido de ti —respondió Becca con una media sonrisa, al tiempo que tiraba del respaldo de una silla—. Y ahora siéntate y deja por una vez que alguien te mime un poco.

Su madre se sentó a regañadientes y, momentos después, Becca servía el café para ambas y se sentaba frente a ella.

—¿No te dije que iba a ayudarte con lo del inventario?

—Tú ya tienes bastante con tu trabajo, hija —le dijo Elaine—. Y si no recuerdo mal ayer tuviste incluso una cena de negocios.

—Sí, pero acabó pronto y sobre las nueve ya estaba de vuelta —le contestó Becca. Se quedó mirándola en silencio y exhaló un suspiro—. Podías haberme avisado; te habría echado una mano.

—Y yo te agradezco que quisieras ayudarme —le dijo su madre dándole unas palmaditas en la mano—, pero no era necesario; de verdad. Lo tengo todo bajo control.

Lo que tenía eran unas ojeras terribles, pensó Becca. Quien no conociese bien a su madre podría pensar que era una mártir porque trabajaba muchas más horas de las que debía, pero la verdad era que no lo había tenido nada fácil. Se había quedado embarazada de ella a los diecisiete años, su padre se había desentendido, y su madre había luchado con uñas y dientes para salir adelante; para sacarlas adelante a las dos.

—Háblame de esa cena de negocios con el representante de Bodegas Whitestone

—le dijo su madre cambiando de tema—. ¿Fue bien?

—Pues todavía no lo sé. Quedamos en que me llamarían hoy —

contestó Becca.

Lo cierto era que desde su encuentro con Trace no había vuelto a pensar en ello.

—Me dijeron que estaban pensando en mí para un anuncio del Chardonnay que quieren sacar al mercado el verano próximo.

—Seguro que te confiarán ese trabajo, ya lo verás. Eres la mejor.

—Dices eso porque eres mi madre —contestó Becca con una sonrisa.

—No; lo digo porque es verdad —replicó Elaine—. Tenías once años cuando hiciste tu primera fotografía, y ya entonces tuve claro que tenías un don.

Su madre siempre había creído en ella y la había animado a tener confianza en sí misma, pensó Becca bajando la vista a la humeante taza de café entre sus manos.

Siempre le había dicho que podría conseguir todo lo que quisiese, y Becca la había creído. . hasta el día en que había perdido lo que había querido más que ninguna otra cosa en el mundo.

—¿No vas a contármelo?

Becca alzó la vista.

—¿Contarte qué?

Elaine ladeó la cabeza y enarcó una ceja pero no contestó, como dándole a entender que sabía muy bien que estaba dándole vueltas a algo.

Becca exhaló un suspiro y apartó la vista.

—Ayer me encontré con Trace.

Entonces fue su madre la que se quedó callada. Tomó un sorbo de su café y dejó la taza en la mesa antes de preguntarle:

—¿Y?

—Y nada —respondió Becca encogiendo un hombro—. Me tropecé con él cuando salía del restaurante. Él me saludó, yo lo saludé, mencionó que había oído que habías comprado el pub, yo le dije que sentía lo de su padre. . y eso fue todo.

—¿Vas a volver a verlo?

Era sólo una pregunta, pero a Becca no le pasó desapercibida la preocupación en el tono de su madre, que nunca había aprobado su relación con Trace, igual que los padres de él.

Había sido una ilusa al pensar que podrían haber sido felices cuando todo había estado en su contra.

—Tengo que prepararme para irme a trabajar —murmuró levantándose.

Su madre la retuvo por el brazo.

—Becca, hija, lo siento. Yo. .

—No pasa nada —replicó ella—. Trace pertenece al pasado —añadió con un suspiro. Esbozó una sonrisa triste y besó a su madre en

la frente—. Ve a dormir un poco, mamá. Tienes cara de cansancio.

El gran salón de las bodegas Ivy Glenn había sido engalanado para la ocasión con guirnaldas, motivos navideños, y un enorme abeto, y no menos cuidada estaba la presentación de las mesas con los aperitivos.

Por encima del animado murmullo de las conversaciones de los invitados sonaba una pieza de Tchaikovsky que estaba tocando un cuarteto de cuerda, y Trace, con una copa de Cabernet en su mano, paseaba la mirada por entre los asistentes.

Conocía a muchos de ellos: dueños de restaurantes, distribuidores. . Aquel evento se había organizado para dar a probar a la gente del sector los vinos de la cosecha de ese año, así que aunque era una fiesta, para él también era trabajo.

—¡Trace! —lo llamó Reed Vale, el gerente de Ivy Glenn, acercándose a él—. Me alegra que hayas podido venir —le dijo tendiéndole la mano.

Trace sonrió y se la estrechó. Reed era una de las pocas personas a las que Trace contaba entre sus amigos.

—Ya sabes lo que dicen:: hay que tener vigilada a la competencia.

—Cierto. Y por esa misma razón iré a la cata de vuestras bodegas la semana que viene —dijo Reed riéndose—. Bueno, ¿y qué opinas? —inquirió señalando con la cabeza la copa que Trace tenía en la mano.

La verdad era que era un buen vino; un vino excelente, de hecho. El color, el aroma, el cuerpo. . Sin embargo, conociéndose como se conocían desde niños, Trace no pudo resistirse a picarlo un poco.

—No está mal.

—Viniendo de ti lo tomaré como un cumplido —le dijo su amigo con buen humor, tomando un canapé de la bandeja de un camarero que pasaba—. Por cierto, no sé si lo sabes, pero hemos contratado a Becca Marshall para que haga las fotos de nuestro catálogo de primavera.

Trace mantuvo el rostro impasible y miró en otra dirección, saludando con un asentimiento de cabeza al dueño de un restaurante de Sonoma que era cliente de Bodegas Ashton desde hacía años.

—Sí, lo he oído.

—Es muy buena —dijo Reed tomando un sorbo de su copa—; realmente buena. Y

según dicen Whitestone y Viñedos de Louret están pensando en contratarla también para promocionar sus vinos.

Viñedos de Louret. . Trace reprimió a duras penas una sonrisa cínica, intentando convencerse a sí mismo de que le daba igual que Becca trabajase para sus hermanastros.

—¿Y puedo saber por qué me cuentas todo esto?

—Bueno, creí que querrías saber que va a estar por aquí una

cuantas semanas —

contestó Reed encogiéndose de hombros—. No sé, por si querías. . en fin, retomar el contacto con ella.

—No hay nada que retomar —contestó él con aspereza. Era evidente que Reed estaba intentando sonsacarle, pero él no iba a morder el anzuelo—. Becca Marshall no me interesa en lo más mínimo.

Sin embargo parecía que su presencia allí sí había suscitado el interés de varios invitados, se dijo irritado. Mirara donde mirara había alguien espiándolo por el rabillo del ojo y cuchicheando con otras personas.

Debería haber enviado a Paige en su lugar. Estaba empezando a sentirse como un insecto al que estuvieran observando a través de un microscopio.

Un distribuidor se llevó a Reed para presentarle a alguien y, mientras apuraba el contenido de su copa, Trace pensó por un momento en marcharse. ¿Y por qué diablos tendría que marcharse?, se replicó mentalmente a sí mismo. ¿Porque Reed había mencionado a Becca? ¿Porque había un puñado de chismosos cuchicheando sobre él?

Ni hablar; no iba a marcharse. Había varias personas allí que eran clientes de Bodegas Ashton. . y otros que podían llegar a serlo. Le gustaran o no esas fiestas, aquello era parte de su trabajo. Sí, estaba allí por trabajo, se dijo con firmeza.

Y en eso se concentró durante el cuarto de hora siguiente; en pasearse por el salón saludando y presentándose, hablando del negocio con unos y con otros.

Sin embargo, empezaba a hacer un poco de calor allí, y el runrún de las conversaciones estaba embotándole la cabeza, así que decidió bajar a las bodegas para poder estar un rato en paz.

Mientras caminaba por entre las hileras de barriles de roble le pareció oír una voz femenina tarareando, y al alzar la mirada y ver a Becca salir caminando de espaldas de un pasillo que había más adelante el corazón le dio un vuelco.

¿Qué estaba haciendo ella allí? Entonces recordó que Reed le había comentado que estaba trabajando para ellos. Y probablemente eso era lo que estaba haciendo en ese momento: trabajar, se dijo al fijarse en que estaba mirando hacia delante con una mano en la barbilla, los ojos entornados, y los labios fruncidos.

Llevaba puesta una sudadera, una chaqueta vaquera, unos tejanos gastados y algo ajustados, y unas botas altas de color tostado, pero a pesar de lo informal de esa vestimenta estaba increíblemente sexy.

Becca ladeó la cabeza, como pensativa, y se acuclilló, haciendo que los pantalones se ajustasen aún más a su trasero y que Trace maldijese para sus adentros.

Una ola de deseo lo invadió, y cuando tragó saliva sintió cómo una ráfaga ardiente descendía hasta su vientre. De pronto le faltaba incluso el aire. En aquellos cinco años ninguna mujer había logrado provocar una reacción semejante en él, y odió a Becca por ello, aunque aún más a sí mismo por desearla de aquella manera.

Parecía que ella no se había percatado de su presencia. Debería dar media vuelta, volver a la fiesta y marcharse después de haber hecho otra ronda por el salón para charlar con unos y otros, pero en vez de eso se encontró avanzando por el pasillo hacia donde estaba ella.

Se detuvo a unos metros y la observó en silencio mientras ajustaba los focos y el pequeño bodegón que había dispuesto sobre una mesa antigua: un cuenco de plata lleno de grosellas negras, una cesta con ramilletes de eucalipto y menta, una botella de vino, una copa vacía. .

Tarareando de nuevo, se puso detrás de la cámara que había colocado frente a la composición y empezó a tomar fotografiar, totalmente concentrada en lo que estaba haciendo.

Trace no pudo evitar recordar el día en que se conocieron. Ella había ido a la finca para tomar unas fotografías de la casa y los alrededores para una revista de paisajismo y decoración, y a él le habían asignado la tarea de hacerle_ de guía.

Antes de conocerla había pensado con fastidio que sería un día soberanamente aburrido, pero Becca le había contagiado la pasión por su trabajo y su entusiasmo.

Cuando las caderas de la joven empezaron a moverse al ritmo de la canción que estaba tarareando Trace apretó los dientes. Por mucho que intentara mostrarse inmune a sus encantos era un hombre como los demás; con sangre en las venas.

Antes de darse la vuelta, Becca sabía que era él. La suela de sus zapatos apenas había hecho ruido sobre el suelo de cemento, pero aun así había sabido que se trataba de él y el corazón le había dado un vuelco.

Tomó unas cuantas fotografías más, aprovechando esos segundos para intentar calmarse, y luego se irguió y se volvió hacia él.

—Hola, Trace.

—Hola —respondió él—. ¿Te importa que eche un vistazo por el visor? —le preguntó señalando la cámara.

Ella vaciló, pero finalmente se encogió. de hombros, se hizo a un lado y se metió las manos en los bolsillos.

—Claro; adelante.

Mientras Trace miraba por el visor Becca se esforzó por no mostrarse nerviosa.

Sólo fueron unos segundos, pero le pareció que pasaron horas hasta que por fin se irguió y se giró hacia ella.

—Siempre tuviste buen ojo para esto.

Era absurdo que su aprobación significara tanto para ella después de todos esos años, pero Becca no pudo evitar sentirse halagada al escuchar aquel elogio.

—No tiene tanto mérito —respondió encogiéndose de hombros.

—Tan modesta como siempre.

Incómoda, Becca fue hasta la mesa y fingió ocuparse en cambiar la composición que había hecho sobre la mesa, moviendo un poco las ramitas de la cesta al tiempo que rogaba para sus adentros para que Trace no se diera cuenta de cómo le temblaban las manos.

—Bueno, ¿y qué te trae por aquí? —le preguntó para romper el silencio.

—Me han invitado a la fiesta —contestó él acercándose.

—Creía que la fiesta era arriba.

Trace tomó una grosella y la giró entre los dedos, observándola como si fuese un diamante.

—Te ha quedado un bodegón precioso.

Becca tragó saliva.

—Trace, ¿vas a decirme qué haces aquí?

—Tiene gracia —murmuró él dejando la grosella en el cuenco de cristal y volviéndose hacia ella—. Lo mismo estaba preguntándome yo hace un momento. . hasta que caí en la cuenta.

El corazón de Becca palpitó con fuerza.

—¿En la cuenta de qué?

Trace avanzó al tiempo que ella retrocedía, y se detuvo a tan pocos centímetros que al hacerlo Becca pudo sentir su calor aunque sus cuerpos no se tocaban. La había acorralado contra la mesa y Becca sabía que debería haberlo apartado de un empujón, pero era como si de pronto sus músculos se hubiesen quedado paralizados. El corazón le latía apresuradamente en el pecho, igual que el de un pajarillo que hubiese quedado atrapado en una alambrada.

—Hace cinco años. . —murmuró Trace.

Becca lo miró sin comprender. Ni siquiera podía articular palabra. Su aroma tan familiar y masculino la envolvía como una tela de araña, y lo único que quería era apretarse contra él, suplicarle que la besara, pero en vez de eso se asió con ambas manos al borde de la mesa detrás de sí, apretándolo con fuerza.

—Hace cinco años. . —repitió él con voz ronca—.. te marchaste sin siquiera un beso de despedida.

Trace comenzó a inclinar la cabeza y Becca se dijo que aquello no podía estar ocurriendo. No podía respirar, pero tampoco se sentía capaz de resistirse a él.

—Creo que al menos me merecía un beso de despedida, Becca — masculló antes de tomar sus labios.

Una mezcla de emociones contradictorias explotó dentro de ella:

estupor, placer, excitación. .

No había nada de tierno —en aquel beso, pero se notaba ardiendo por dentro; estaba derritiéndose como una figura de cera que hubiese sido envuelta por las llamas.

Temerosa de perder el control sobre sí misma, de rodearle el cuello con los brazos y responder al beso, se aferró con más fuerza al borde de la mesa. La lengua de Trace se introdujo en su boca y comenzó a explorar cada rincón de un modo brusco pero sensual que hizo que le temblaran las rodillas y, entonces, justo en ese momento, despegó sus labios de los de ella y dio un paso atrás.

Becca oyó la respiración jadeante de Trace. Su pecho subía y bajaba agitado, con el corazón golpeándole las costillas, y cuando abrió los ojos lo encontró mirándola con dureza.

—Adiós, Becca —le dijo en un tono gélido. Luego se giró sobre los talones y se marchó.

«Me lo merecía», pensó la joven, sintiendo una punzada en el pecho. Se volvió hacia la mesa temblando de pies a cabeza, cayó al suelo de rodillas, y hundió el rostro entre las manos.

Capítulo Tres

Las tres y cuarto de la madrugada, leyó Trace en la pantalla del reloj despertador sobre su mesilla de noche. Llevaba dos horas dando vueltas en la cama y estaban empezando a entrarle ganas de estrellar el reloj contra la pared.

Se había comportado como un condenado idiota; se había dejado llevar por una necesidad irracional de demostrarle a Becca que le era indiferente, que podía besarla y luego alejarse como si tal cosa. . pero no había sido así.

Dios, ¡si no podía dejar de pensar en ello! Sus labios seguían siendo tan suaves como los recordaba, y aunque Becca no había respondido al beso, había oído el gemido que había escapado de su garganta, y la había sentido estremecerse.

Desde el día en que se habían conocido la química entre ellos había sido siempre muy fuerte, y según parecía no importaba que ya no la amase o que ella ya no lo amase a él. La atracción seguía estando ahí.

Incapaz ya de permanecer acostada un segundo más apartó la ropa de la cama, se levantó, y se puso un pantalón de chándal.

Qué diablos; de todos modos dudaba que fuese a poder pegar ojo en toda la noche. Lo mejor sería que hiciese algo productivo. No iba a pasarse tres horas más dando vueltas en la cama, contando cada minuto y reprochándose el haber besado a Becca.

La mansión era tan grande que cada miembro de la familia tenía sus propias dependencias, con dormitorio, aseo, sala de estar, un pequeño comedor y cocina, con lo que prácticamente podían hacer vida separada a pesar de vivir bajo el mismo techo. El ocupaba el ala oeste.

Se dirigió a su sala de estar, encendió la luz, y se sirvió un vaso de whisky antes de salir al balcón con él. El cielo nocturno estaba despejado, y la caricia del aire frío de diciembre sobre su torso desnudo lo despertó del todo y aplacó el deseo que lo estaba consumiendo.

Tampoco era que hubiese llevado una vida de monje a lo largo de esos cinco años.

No había tenido ninguna relación seria, pero había salido con unas cuantas mujeres.

Claro que de la última vez hacía ya tiempo, se dijo. Quizá ése fuera el problema; quizá lo único que necesitaba era una noche loca de sexo.

Un par de nombres cruzaron por su mente. Jennifer, la bonita recepcionista rubia del gimnasio que le había dado su teléfono la semana pasada; y Charlotte, una morena de largas piernas y ojos

azules que era dueña de un restaurante, y a la que había conocido en su último viaje de negocios a San Francisco. Ella misma le había dejado claro que lo único que estaba buscando era divertirse un poco y no algo serio.

¿Jennifer o Charlotte?, se preguntó. ¿Y por qué no las dos? Enarcó una ceja ante aquella idea.

Dios, ¿a quién quería engañar? Bajó la vista ceñudo al vaso que tenía en su mano.

Ni dos, ni doscientas mujeres lograrían saciar su deseo. . sólo Becca.

Por mucho que detestase admitirlo quizá su hermana tuviese razón cuando le había dicho que necesitaba cerrar una etapa. Quizá ya no sintiesen nada el uno por el otro, pero la noche anterior le había demostrado que la atracción entre ellos no había desaparecido.

Cinco años atrás, cuando Becca se había marchado, aquello había sido un golpe tan duro para él que en ese momento no había sabido a quién odiar más, si a su padre por haberle ofrecido dinero para que se alejase de él, o a ella por haber aceptado ese dinero. Había estado a punto de ir a Italia y buscarla para que le repitiese a la cara lo que sólo se había atrevido a decirle con una nota; para que lo mirase a los ojos y le dijese que no lo amaba.

Sin embargo, cuando su padre le había enseñado el cheque firmado por ella ya no le había quedado lugar a dudas, y se había negado a dejar que pisotease aún más su maltrecho orgullo yendo tras ella.

Apuró el whisky que quedaba en el vaso. Haría lo que tuviese que hacer para conseguir llevarla a su cama una última vez, se dijo; sería su venganza. Luego la olvidaría para siempre.

A la mañana siguiente, Becca se fue a darse una ducha nada más levantarse con la esperanza de que eso la ayudase a despejarse un poco. Apenas había dormido cuatro horas esa noche.

Se dio la vuelta para que el chorro de agua de la ducha le cayese por la espalda y cerró los ojos, intentando apartar de su mente el beso de Trace.

Durante toda la noche no había hecho más que recordarlo una y otra vez.

Sabía que debería estar sintiéndose furiosa e incluso repugnada por lo que claramente había sido un acto de intimidación de lo más machista, pero no era así, y aquello la avergonzaba y la hacía sentirse todavía más humillada.

Al rememorar aquel beso los labios todavía le cosquilleaban y el pulso se le aceleraba, y el intentar no pensar en ello tenía justo el efecto contrario. Los pocos ratos que había conseguido dormir aquella noche habían sido invadidos por sueños eróticos de Trace desnudo en la cama junto a ella, atrayéndola hacia sí, besándola en el cuello, en

los senos, en el estómago. . Sin embargo cada vez que estaba a punto de penetrarla se despertaba gimiendo su nombre, con el corazón queriendo salírsele por la garganta y el cuerpo tembloroso de deseo.

Habían sido unos sueños tan increíblemente reales, tan maravillosamente reales. .

¿Por qué, por qué le estaba pasando aquello? Durante esos cinco años había logrado mantener a Trace fuera de su mente. . ¿cómo si no habría podido seguir adelante en vez de caer en una depresión?

Probablemente porque el haberlo vuelto a ver había sacado a flote todas esas emociones que había tratado de enterrar en lo más profundo de su alma.

Con un gemido de frustración apoyó la frente contra los fríos azulejos de la ducha preguntándose si podría soportar volver a verlo después de aquello; si podría soportar no volver a verlo.

Se secó con una toalla, se peinó el cabello y contrajo el rostro ante el espejo al ver las ojeras que tenía. En fin, nada que no pudiese disimular una buena capa de maquillaje, se dijo intentando animarse.

Cuando hubo acabado de vestirse, sabiendo que su madre había llegado de madrugada otra vez, procuró no hacer ruido al dirigirse a la cocina y salió por la puerta trasera.

Acababa de cerrar y estaba sacando del bolso las llaves del coche cuando por el rabillo del ojo vio que había alguien en el otro extremo del porche. Al volverse y ver a Trace apoyado en la barandilla con las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero negra se le cayeron las llaves del susto.

—Buenos días, Becca —la saludó él antes de erguirse y hacer un asentimiento con la cabeza.

¿«Buenos días, Becca»? Después de que el día anterior la había besado y se había marchado con un «adiós, Becca», dejándola hecha un lío. . ¿tenía el descaro de presentarse allí esa mañana como si nada hubiese ocurrido?

—Iba a llamar, pero imaginé que tu madre estaría durmiendo y no quería despertarla —añadió Trace acercándose a ella.

Becca sintió que una profunda irritación se apoderaba de ella. Quizá fuese la falta de sueño, o quizá fuese que finalmente había recobrado el sentido común, pero no iba a mostrarse débil; no iba a dejarle ver hasta qué punto le había afectado lo que había hecho el día anterior.

Se agachó para recoger las llaves, pero él fue más rápido. Becca apretó los labios y lo miró con el ceño fruncido.

—¿A qué has venido, Trace?

—Lo que hice ayer no estuvo bien.

¿Había ido allí para disculparse? Aquello era lo último que habría esperado de él.

—No importa.
—Claro que importa.
Trace le devolvió las llaves, rozando levemente la palma de su mano con las yemas de los dedos al hacerlo, y un cosquilleo eléctrico le subió a Becca por el brazo. Iba a dejar caer la mano, pero Trace se lo impidió, cerrando sus dedos sobre los de ella.
—Claro que. . la verdad es que no me arrepiento de lo que hice —dijo mirándola a los ojos.
Si estaba intentando ponerla nerviosa lo estaba consiguiendo. ¿Por qué siempre tenía que pasarle que cuando estaba con él era incapaz siquiera de pensar con claridad?
—¿Por qué me haces esto? —le preguntó con voz queda.
Trace le acarició los nudillos con el pulgar.
—¿Recuerdas lo increíble que era el sexo entre nosotros? —dijo él de repente, en vez de contestar a su pregunta.
Becca se sonrojó. Aquello era algo que no podía negar.
—De eso hace ya mucho tiempo.
—Sí, pero algunas cosas no cambian —replicó él.
—No es verdad; todo cambia.
—Pues yo creo que algunas no sólo no cambian, sino que incluso mejoran con el paso del tiempo —murmuró él acariciándole el meñique—. ¿0 acaso vas a negar que ayer no sentiste nada cuando te besé?
—No, no sentí nada —dijo ella con aspereza, tragando saliva y soltando su mano.
—Ya —contestó él en un tono que daba a entender que no la creía —. Entonces imagino que no tendrás inconveniente en cenar conmigo esta noche. . podríamos volver a ser amigos.
Becca no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.
—No creo que sea buena idea, Trace.
—¿El qué? —le preguntó él—: ¿cenar juntos, o volver a ser amigos?
Ninguna de las dos.
—Yo. . no puede ser; lo siento.
Trace entornó los ojos.
—¿Estás saliendo con alguien?
Becca quería mentirle; sabía que si quería ría evitarse complicaciones debería mentirle, pero ya había habido demasiadas mentiras entre ellos. Bajó la vista y negó con la cabeza.
—Sólo te estoy invitando a cenar, Becca; nada más —le dijo él tomándola de la barbilla para alzarle el rostro—. ¿De qué tienes miedo?
«De ti», habría querido decirle ella. Le hacía desear cosas que sabía que nunca podría tener. Ninguno de los dos era el mismo de hacía

cinco años, pero las razones por las que no podían estar juntos no habían cambiado. Por eso, por tentador que se le antojase volver a los brazos y la cama de Trace no creía que su corazón pudiese resistir tener que abandonarlo una segunda vez.

—Tengo que irme a trabajar —le dijo suavemente.

Se hizo un silencio incómodo hasta que por fin Trace dejó caer su mano.

—Está bien; ya nos veremos.

Becca lo observó mientras se alejaba hacia su todoterreno, aparcado al otro lado de la calle.

—Trace. . —lo llamó cuando ya estaba casi junto al vehículo.

El se detuvo y giró la cabeza por encima del hombro para mirarla.

—Creo que es mejor que no volvamos a vernos —le dijo Becca.

Trace volvió a quedarse callado, pero luego una de las comisuras de sus labios se arqueó, y sin decir una palabra se metió en el vehículo y segundos después se alejaba de allí.

Becca, que había estado conteniendo el aliento, dejó escapar un suspiro. No le había pasado desapercibido el matiz desafiante y burlón en su mirada, como si hubiese querido darle a entender que sí volverían a verse.

Tendría que concentrarse en el trabajo y evitarlo durante el tiempo que estuviese en el valle, se dijo Becca. Tendría que hacerlo si no quería acabar otra vez con el corazón roto.

Capítulo Cuatro

—Los informes sobre la productividad del sector Este están en la verde que hay en lo alto, y en la de color rojo que está justo debajo encontrará los informes del nuevo sistema de fermentación —le dijo a Trace su secretaria Greta, depositando sobre su escritorio un montón de carpetillas de plástico—. Oh, y el presidente de Napa Valley Vintueis quiere saber si podrá asistir a una reunión el miércoles.

—¿Una reunión? ¿Sobre qué? —inquirió Trace sin apartar la vista de la pantalla de su ordenador.

La mujer sacó del bolsillo de su chaqueta una nota doblada, se puso las gafas, y leyó:

—Sobre la adopción de métodos de producción más respetuosos con el medio ambiente. Miércoles a las seis y cuarto.

Diablos. No era que no le pareciese importante la protección del medio ambiente, pero esas reuniones siempre se eternizaban. Quizá podría mandar a Paige en su lugar.

—Creía que el miércoles tenía que asistir a una subasta.

Greta le señaló el calendario sobre su mesa.

—Eso es el miércoles próximo.

—¿Y entonces cuándo es la cata de vinos del Rotary Club? —inquirió distraídamente mientras revisaba unos datos en la hoja de cálculo que tenía en la pantalla.

Su secretaria resopló exasperada y abrió la agenda que tenía a un lado del ordenador.

—Este jueves. Y por si lo ha olvidado el domingo por la noche tiene que asistir a una cena familiar en el restaurante Le Sanglier por el cumpleaños de su madre.

—No lo había olvidado —replicó Trace abriendo otro documento en la pantalla—.

¿Qué le he comprado?

Greta se sacó del bolsillo un ticket y se lo puso sobre el teclado.

—Un pañuelo.

Al ver la cantidad en el ticket Trace lo tomó con unos ojos como platos y alzó la vista hacia su secretaria.

—¿De qué es, de oro?

—De seda italiana —le contestó Greta—. Usted me dijo que le comprara algo que la animara, que su madre está pasando por una etapa difícil porque va a cumplir los cincuenta y pronto va a ser a abuela.

—¿Y un pañuelo va a hacerla sentirse mejor?

—Bueno, el color va muy bien con su color de pelo y su tez —respondió Greta volviéndose al oír el teléfono que estaba sonando fuera, en su puesto—. Además, es de una colección exclusiva de la

firma Hermes. Le encantará —le aseguró mientras se dirigía de espaldas hacia la puerta.

Con ese precio más valía que le gustase, se dijo Trace mientras su secretaria cerraba tras de sí. Con lo que había costado podía haberle pagado un viaje a Italia a su madre. Mujeres. ., pensó sacudiendo la cabeza.

A él le pasaba con las mujeres como a ese sabio griego que había dicho aquello de

«sólo sé que no sé nada». Dudaba que pudiera llegar a entenderlas jamás, a saber lo que pensaban ni lo que querían.

Además, cuando decían algo uno nunca sabía si de verdad era eso lo que querían decir o totalmente lo contrario.

«Creo que no deberíamos volver a vernos». . Llevaba dos días dándole vueltas a aquellas palabras de Becca.

Dejó escapar un suspiro y cerró los ojos. Cuando las había pronunciado casi había creído que eran ciertas, que verdaderamente no quería volver a verlo, pero había vislumbrado algo en sus ojos, algo fugaz y sutil que le había hecho pensar que no era así.

Lo que no alcanzaba a imaginar era por qué Becca estaba esforzándose tanto en fingir que ya no se sentía atraída por él cuando se sonrojaba y se ponía tan nerviosa cada vez que lo veía.

Quizá estuviese interpretando erróneamente sus reacciones; quizá lo que la hacía mostrarse nerviosa fuese el sentimiento de culpa, el tener que mirarlo a la cara después de lo que había hecho hacía cinco años, del modo en que lo había traicionado aceptando el dinero de su padre.

¿Y qué más daba lo que sintiera?, pensó Trace irritado apretando la mandíbula.

Una vez la hubiese llevado a su cama de nuevo, conseguiría quitársela de la cabeza y no volver a pensar en ella nunca más.

—¡Trace!

Trace dio un respingo y soltó una palabrota al levantar la mirada y ver a su hermana Paige delante de su escritorio cruzada de brazos.

—Qué diablos haces ahí?; ¿cuándo has entrado? —le gruñó.

Paige puso los ojos en blanco.

—No sólo he llamado antes de entrar, sino que además he dicho tu nombre en voz alta dos veces. , pero tú parece que estabas en la luna.

—Me has dado un susto de muerte —le espetó él con el corazón golpeándole todavía contra las costillas—. Está visto que ni en su propio despacho puede uno puedo cerrar los ojos un momento para descansar un poco.

—Vaya, pues sí que estás susceptible tú hoy. .

—No estoy susceptible.

—Sí que lo estás; igual que lo estabas ayer.

—Estás diciendo tonterías; ayer tampoco estaba susceptible.

—Sí que lo estaba —se oyó decir a Greta a través de la puerta abierta.

—¿Lo ves? —le dijo Paige yendo a sentarse en el pequeño sofá que había pegado a la pared—. ¿Vas a contarme qué es lo que te pasa o no?

—No me pasa nada —masculló Trace antes de levantarse e ir a cerrar la puerta

—. ¿Has venido para algo importante, o sólo para fastidiarme?

—Bueno, ahora que lo mencionas hay algo que quería pedirte —le dijo su hermana con una sonrisa inocente.

Trace enarcó una ceja.

—¿De qué se trata?

—Pues verás. . Voy a ir a ver a Jack y me gustaría que vinieras conmigo.

Dios. Cuando se le metía una cosa en la cabeza. .

—Estoy ocupado, Paige.

—Oh, vamos, no seas así, Trace. .

—Paige, estoy ocupado —le repitió él, poniendo énfasis en esas dos palabras.

Paige resopló y se puso de pie.

—Está bien; como quieras. Sólo espero que esta vez no esperes hasta que ya sea demasiado tarde.

Trace se quedó mirando la puerta cerrada con el ceño fruncido cuando Paige se hubo marchado. ¿Qué diablos había querido decir con eso? Mujeres. ., se dijo sacudiendo la cabeza.

—Perdone que la haya hecho esperar, señorita Marshall.

Becca se puso de pie al oír su nombre, y al girarse vio a Mercedes Ashton entrando en el salón.

El cabello castaño claro le caía en suaves ondas sobre los hombros, y el sencillo suéter blanco que llevaba sobre una no menos sobria falda negra dejaba entrever su avanzado estado de gestación.

Una de las hermanastras de Trace. . Becca tragó saliva y esbozó una sonrisa.

—Por favor, llámeme Becca.

—En ese caso dejemos de hablarnos también de usted. A mí puedes llamarme Mercedes.

Tenía los ojos verdes al igual que Trace, y demostraba también una confianza en sí misma que intimidaba un poco.

—Por favor —le dijo Mercedes indicándole con un ademán que volviera a sentarse.

Becca tomó asiento de nuevo, y Mercedes hizo otro tanto, ocupando un sillón de orejas a la izquierda del sofá en el que ella se había sentado.

—Has tenido dificultades para llegar hasta aquí?

—Oh, no; no, he encontrado la finca sin problemas —le aseguró Becca—. Esta casa es preciosa y muy acogedora.

Su cumplido hizo aflorar una sonrisa a los labios de Mercedes.

—Gracias. Yo ya no vivo aquí ahora que estoy casada, pero sigo considerando Las Viñas como mi hogar —le respondió—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿Un café, un refresco. .?

—No, muchas gracias.

Mercedes se quedó mirándola un buen rato en silencio, como si estuviera estudiándola.

—No sabes las ganas que tenía de conocerte —le dijo de repente—. Se habla tanto de ti. .

—¿De mí?

—La gente de Bodegas Ivy Glen se deshace en elogios sobre tu trabajo.

—¿De veras?

Aquellas palabras se le habían escapado sin querer. Estupendo; adiós a la imagen que quería dar de una mujer de negocios con confianza en sí misma, se dijo sonrojándose.

Mercedes, sin embargo, se echó a reír.

—Y además eres modesta. Ésa es una cualidad que aprecio mucho —le dijo—.

Bueno, cuéntame qué sabes de nuestras bodegas, Viñedos de Louret.

Al menos para aquello se había preparado. Becca sabía que los clientes valoraban que conociese un poco sus negocios, así que siempre recababa información sobre cada empresa antes de ofrecerles sus servicios como fotógrafa.

—Bueno, sé que tu madre fue quien inició el negocio, hace veinticinco años, que poseéis sesenta y cinco acres de viñedos, y que producís unas veinte mil cajas por año; sobre todo distintas variedades de vino tinto. Y también sé que vuestro Cabernet ha recibido varios galardones, que vuestro Chardonnay también está empezando a ser muy popular, y que en los últimos tres años Viñedos de Louret se ha convertido en una de las bodegas más importantes de Napa.

—Veo que has hecho los deberes —dijo Mercedes asintiendo satisfecha—. Sí, mi madre fue quien inició el negocio, pero mi padrastro y ella prácticamente están retirados y ahora somos mis hermanos, mi hermana, y yo quienes lo llevamos.

Becca también estaba al corriente de eso. De hecho, incluso sabía a qué se dedicaban cada uno de los hermanos. Cole estaba al frente y era quien tomaba las decisiones, Eli se ocupaba de la producción, Jillian de la investigación y el desarrollo de nuevos caldos, y ella del marketing y la promoción de sus vinos.

De pronto Mercedes emitió un gemido ahogado y se llevó las manos al vientre.

—Vaya, parece que es la hora de las patadas —murmuró.

—¿Estás bien? —inquirió Becca preocupada, levantándose de su asiento—.

¿Quieres que llame a alguien?

Mercedes inspiró profundamente y exhaló despacio.

—Sí, sí, estoy bien; es sólo que no acaba una de acostumbrarse a la fuerza que pueden tener unos piececitos tan pequeños.

—¿Seguro? ¿No quieres que vaya a buscar a tu marido. . o a tu madre?

Mercedes sonrió y negó con la cabeza.

—No te preocupes, mujer; te prometo que no me pondré de parto mientras estés aquí. Vuelve a sentarte.

Becca tomó asiento de nuevo.

—Si quieres puedo volver otro día —le dijo.

—Estoy bien; de verdad —le aseguró Mercedes de nuevo. Se echó hacia atrás y se acarició el vientre con una mano durante un buen rato, como si estuviese pensando con mucho cuidado lo que iba a decir—. ¿Puedo preguntarte algo personal?

Becca frunció el entrecejo.

—Sí. . claro.

—Es sobre Trace.

—Sobre Trace? —repitió Becca apretando entre sus dedos la carpeta que tenía en el regazo.

—Según creo estuviste a punto de casarte con él hace cinco años.

—Yo. . —Becca tragó saliva—. Sí, es verdad.

—Y lógicamente sabrás que somos hermanastros.

Aunque no hubiese estado prometida a Trace aquello era algo que todo el mundo sabía en el valle. Spencer Ashton había abandonado a la madre de Mercedes, Caroline Latimmer, y a sus hermanos y a ella para casarse con su secretaria, Lilah, de la que había tenido otros tres hijos: Trace, Megan, y Paige.

—Sí, lo sé

—Entonces también sabrás que entre nuestras familias siempre ha habido disputas, y que desde la muerte de Spencer estamos enzarzados en una batalla legal en torno a su testamento.

Era más una afirmación que una pregunta, así que Becca únicamente asintió.

—A nosotros no nos interesa el dinero —continuó Mercedes. Exhaló un suspiro y añadió—: Personalmente yo no quiero un solo centavo, pero los hombres de ambas familias son muy orgullosos, especialmente mi hermano Eli y Trace. No pueden ni verse

—se quedó callada un momento—. Temo estar incomodándote con

este asunto.

—No; es sólo que no entiendo por qué me cuentas todo esto —murmuró Becca.

—Porque si vas a trabajar para nosotros quiero asegurarme de que eso no te causará ningún problema, de que no te sentirás en medio de un fuego cruzado.

Personalmente no tengo nada en contra de Trace, y me gustaría que algún día pudiéramos llegar a resolver nuestras diferencias.

—Trace y yo rompimos nuestra relación hace cinco años —le dijo Becca.

Resultaba extraño estar hablando de aquello con una persona a la que apenas conocía

—. Siento que haya problemas entre vosotros, pero no veo cómo podría afectarme eso a mí, y tampoco habrían de tener repercusión alguna en mi trabajo.

—Perdóname —le dijo Mercedes extendiendo una mano y poniéndola sobre la suya—. No pretendía incomodarte; de verdad.

—No lo has hecho —replicó Becca, obligándose a esbozar una sonrisa—. De verdad.

Mercedes sonrió también, apartó su mano, y bajó la vista a la carpeta de Becca antes de volver a mirarla.

—Bueno, pues ya que hemos aclarado ese tema. . ¿por qué no me enseñas tu trabajo?

Capítulo Cinco

La noche de la fiesta de reapertura el pub de Elaine Marshall estaba a rebosar con gentes de todos los tipos. Ejecutivos con traje de chaqueta y corbata que acababan de salir del trabajo, personas vestidas de manera informal, solteros, parejas. . todos parecían estar pasándolo bien.

Las animadas conversaciones de unos y otros se mezclaban con la selección de música que había hecho el pinchadiscos que había contratado Elaine, el ruido de las bolas de la mesa de billar, y las risas y aplausos de un grupo de jóvenes que habían organizado un torneo de dardos.

Becca estaba impresionada con las reformas que había hecho su madre en el local: había pintado las paredes, cambiado la iluminación, mejorado el sistema de ventilación. . Incluso había hecho una zona para fumadores y otra para no fumadores.

—Tres Bud—Weisers, una Heineken, y dos Coca—Golas —le gritó a Candy, una de las chicas que atendían la barra.

—Becca, hija, tómate un descanso cuando hayas servido eso —la llamó su madre desde una mesa cercana, donde se había sentado a charlar con unos clientes—. Llevas más de tres horas trabajando sin parar.

Su madre estaba radiante esa noche, pensó Becca. No sólo parecían más alegres sus sonrisas, sino que hasta le brillaban los ojos. Habían habido varios momentos en su vida en que las cosas no les habían ido muy bien; momentos en los que había visto llorar a su madre de desesperación, y la emocionaba y alegraba que esa noche estuviera tan feliz.

Algunas veces se preguntaba si su madre se sentía sola, si le hubiese gustado tener a alguien con quien haber compartido su vida. Había tenido alguna que otra cita, pero ninguno de esos hombres habían sido para ella otra cosa que amigos.

Nunca había hablado con ella sobre eso, pero Becca se preguntaba a menudo si habría estado tan enamorada de su padre que ningún otro podía ocupar su lugar.

¿Acabaría ocurriéndole igual a ella, que su amor por Trace le haría imposible volver a enamorarse? Y su madre al menos podía decir que había tenido una hija, pero ella en cambio, que siempre había soñado con formar un hogar y tener hijos, podía terminar siendo una solterona de por vida.

Sus ojos se posaron en una pareja sentada en un rincón, y al verlos besarse y sonreírse el uno al otro con complicidad sintió una punzada de celos y apartó la mirada de inmediato. ¿Por qué?, ¿por qué no podía ella tener aquello?

Volvería a amar, se dijo obstinada, alzando la barbilla. Sí; un día conocería a un hombre maravilloso, formaría un hogar con él, y tendrían hijos. Tenía que aferrarse a ese pensamiento.

En cuanto volviese a Los Ángeles empezaría a salir más a menudo. Se había pasado demasiado tiempo llorando por lo que había perdido.

Tomar aquella decisión la hizo sentirse más animada. Sirvió las bebidas que le había pedido a Candy, estuvo un rato charlando con un universitario que llevaba toda la noche flirteando con ella, e iba a la barra para llevar la bandeja cuando una mano la asió por el brazo.

Becca se volvió con una sonrisa.

—Lo siento, pero tendrá que llamar a una de las otras camare. .

La sonrisa se le borró de los labios y el corazón se le subió a la garganta. Trace. .

No, no, no. . Aquello no podía estar ocurriendo. ¿Qué estaba haciendo allí?

Miró en derredor, como temiendo que la música se parase y que todo el mundo se volviese a mirarlos.

—¿Podría hablar contigo un momento?

—Estoy trabajando, Trace.

—Dame sólo un minuto —le insistió él, acariciándole el codo con el pulgar.

Aquel leve roce sobre su piel hizo que un cosquilleo le recorriera el cuerpo entero. ¿Por qué tenía Trace ese efecto en ella?

Lo último que quería era que su madre la viese hablando con él, pero conociéndolo como lo conocía sabía que no aceptaría un no por respuesta.

—Sal por allí y espérame fuera —le dijo señalándole con la cabeza una puerta lateral que daba a un aparcamiento.

Cuando Trace le soltó el brazo y se alejó Becca se volvió y fue hasta la barra para decirle a Candy que iba a tomarse un descanso. Luego fue al ropero a ponerse el abrigo y la bufanda, y salió fuera.

Trace estaba apoyado en un coche, pero se irguió al verla y se acercó a ella.

«Tranquila, Becca», se dijo. «Respira hondo y mantén la calma».

—Espero que lo que tienes que decirme sea breve —masculló metiendo las manos en los bolsillos del abrigo—. Estoy ayudando a mi madre y esta noche hay mucha gente a la que atender.

—Tu madre ha hecho un trabajo estupendo con la remodelación del local —le dijo Trace.

—Gracias —murmuró ella.

Dios, ¿podría mirarlo algún día sin sentir el dolor punzante que estaba sintiendo en ese momento? Había momentos en que deseaba poder volver atrás en el tiempo y cambiar las cosas, pero ya era demasiado tarde para eso.

—He oído que Whitestone te ha encargado un trabajo.

Becca asintió.

—Voy a hacerles unas fotografías para un publirreportaje que quieren enviar a la revista Wine News, y otras para la página web que tienen en Internet.

Trace dio un paso hacia ella y tomó un extremo de su bufanda.

—¿Significa eso que vas a quedarte más tiempo?

El corazón de Becca palpitó con fuerza.

—Sólo un par de días —le contestó empezando a impacientarse—. Hace un momento me has dicho que querías que habláramos.

—Y así es —asintió él tomando el otro extremo de la bufanda—. Pasaré a recogerte mañana por la mañana. Podemos ir a Sausalito y almorzar en Pascale's.

Pascale's había sido el restaurante favorito de ambos; un pequeño pero agradable local en aquel pequeño pueblo no lejos de San Francisco. Durante su noviazgo habían ido innumerables veces allí, a pasear por el puerto deportivo, y en el fin de semana en que él le había propuesto matrimonio habían reservado una habitación en un hotelito donde habían hecho el amor durante horas. El solo recuerdo hizo que una oleada de calor la invadiera.

—Trace, no —le dijo cuando tiró de los dos extremos de la bufanda para atraerla hacia él.

—Está bien; entonces quedemos para cenar.

—No —repitió ella en un tono menos firme del que había pretendido emplear.

—Eso ha sido un no a cenar conmigo? —murmuró él inclinando la cabeza—. ¿0 un no a esto? —susurró antes de posar sus labios sobre los de ella.

No iba a responder al beso, se dijo Becca con firmeza. Si conseguía resistir, como la última vez, si le demostraba que era inmune a él, desistiría en su intento por seducirla.

Sin embargo, cuando la lengua de Trace trazó suavemente la línea entre sus labios cerrados, sus firmes propósitos se disolvieron como humo en el viento. «Sólo un beso», se dijo.

Con un suave gemido cerró los ojos y se dejó envolver por las deliciosas sensaciones que la estaban invadiendo.

Trace estaba tomándose su tiempo, mordisqueándole el labio inferior, tirando luego de él entre los suyos. .

Como si tuvieran voluntad propia, las manos de Becca abandonaron los bolsillos del abrigo y se aferraron a su camisa, estrujando la tela entre los dedos.

La joven se sintió irritada consigo misma por el poco control que tenía sobre sí, pero estaba segura de que si no se hubiera asido a él las rodillas se le habrían doblado y habría caído al suelo.

Cuando la lengua de Trace se deslizó dentro de su boca, una ráfaga de deseo sacudió a Becca, y aunque la voz de su conciencia le decía que luego se arrepentiría de aquello, en ese momento lo único que contaba era lo que estaba sintiendo.

Respondió afanosa al beso, entrelazando su lengua con la de él y estremeciéndose por las pequeñas descargas de placer que estaban produciéndose en todo su cuerpo. Los pezones se le habían endurecido y estaba derritiéndose por dentro.

Cuando Trace despegó sus labios de los de ella estuvo a punto incluso de emitir un gemido de protesta.

—Becca. . —susurró Trace con voz ronca—. Si supieras cuánto te deseo. .

«Yo también te deseo a ti».

—Vente a mi casa; pasa la noche conmigo —murmuró rozando sus labios contra los de ella.

Qué sencillo sería decirle que sí, pasar unas horas en su cama, en sus brazos. .

Como él había dicho el sexo entre ellos había sido increíble, y Becca estaba segura de que si volvían a hacerlo, después de los años que habían estado separados el uno del otro, sería una experiencia aún más intensa. Las luces de los faros de un coche que estaba aparcando le recordó de pronto dónde estaban; le recordó quién era Trace y quién era ella. Habían pasado cinco años, sí, pero ellos seguían perteneciendo a mundos muy distintos.

Trace extendió una mano hacia ella, pero cuando ella sacudió la cabeza y dio un paso atrás vio que las facciones de él se tensaban.

—Becca. .

—Tengo que volver dentro.

Trace dejó caer la mano y apretó los labios.

—Felicita a tu madre de mi parte.

—Lo haré.

Los dos sabían que no lo haría, pero Becca se dio la vuelta y se dirigió lentamente hacia el local, rogando para sus adentros por que fuese capaz de sonreír durante el resto de la noche y hacer como si nada hubiese ocurrido para que su madre no sospechase.

Maldiciendo para sus adentros por lo tarde que había llegado y con el regalo de cumpleaños bajo el brazo, Trace siguió al maître a través del elegante comedor del restaurante Le Sanglier.

Paige había hecho la reserva cuatro semanas antes, y aunque su madre le había agradecido el detalle de organizarle una cena familiar de cumpleaños, también les había dejado muy claro que ninguno debía mencionar el número maldito: cincuenta años.

No habría llegado tarde si no hubiese estado pensando en Becca otra vez, se dijo Trace irritado. No había podido dejar de revivir en su

mente una y otra vez aquel beso en el aparcamiento.

Becca lo hacía sentirse horriblemente frustrado. El modo en que había respondido al beso le había demostrado que no era tan indiferente a él como quería hacerle creer.

La había oído gemir; la había sentido estremecerse. Diablos, sabía que lo deseaba tanto como él la deseaba a ella; sabía que el sexo entre ellos había sido increíble; que podía serlo más aún si volvieran a hacer el amor. .

Tenía que hallar el modo de poder convencerla.

Miró una vez más su reloj de pulsera y sacudió la cabeza. Diez minutos tarde. .

Su madre debía estar echando chispas. Sin duda lo saludaría con frialdad cuando lo viese, y luego lo ignoraría por completo durante diez o quince minutos, hasta que le pareciese que ya lo había castigado bastante.

El maître le señaló con un ademán un salón privado.

—Es aquí, señor Ashton —le dijo deteniéndose ante las puertas abiertas—. ¿Me permite su abrigo?

Trace se retiró con la mano las gotas de la lluvia fina que lo había sorprendido al salir del coche, se quitó el abrigo, y se lo entregó.

—Gracias.

—Ah, aquí llega el hijo pródigo. . —dijo Paige al verlo entrar.

—Siento llegar tarde —se excusó él.

Se dirigió hasta el lugar donde estaba sentada su madre, le dio el beso de rigor en la mejilla, y dejó su regalo sobre la mesa.

—Feliz cumpleaños, mamá.

—Gracias, cariño —le contestó Lilah dándole unas palmaditas en la mejilla y sonriéndole alegremente—. No pasa nada; todavía estamos con los entremeses.

Trace cruzó una mirada de extrañeza con sus hermanas, que parecían tan sorprendidas como él por el hecho de que su madre no pareciese molesta.

¿Quién es esta mujer y qué ha hecho con nuestra madre?, estuvo a punto de preguntar él.

Exteriormente al menos era la misma, pensó: el cabello pelirrojo con un corte de media melena, los ojos azules, las uñas y el maquillaje impecables. .

Y no podía creer que fuese el haber cumplido los cincuenta lo que hubiese obrado ese repentino cambio en ella. Quería a su madre, pero nunca había sido una mujer paciente, ni mucho menos comprensiva. Esa noche, sin embargo se la veía más tranquila, sus mejillas mostraban un suave rubor, y sus ojos brillaban como los de una colegiala.

Debía ser uno de esos tratamientos de belleza regeneradores que se

hacía en los balnearios a los que iba. Fuera cual fuera el motivo, Trace decidió que le gustaba aquel cambio.

Se acercó a donde estaba sentada su hermana Megan y puso una mano sobre su hinchado vientre.

—¿Cómo va esto? —le preguntó—. Ya debe quedarte poco para salir de cuentas,

¿no?

Su hermana resopló para apartar un mechón de su frente.

—No me hables. Estoy deseando que llegue el día. Me siento como una ballena y la espalda está matándome.

—Has hecho mal en preguntarle —le dijo Simon, el marido de Megan—. El médico le ha dicho esta mañana que es probable que no dé a luz hasta el uno de enero y ya está echándome a mí la culpa. Dice que nuestra hija ha heredado de mis genes mi cabezonería y que por eso se niega a nacer cuando debería.

Trace se rió y fue a darle un beso a su otra hermana, Paige, y a su prometido Matt.

—¿No han venido Charlotte y Alex? —inquirió.

Su prima Charlotte y su marido habían ido a visitar a la madre de ella en Dakota del Sur, pero habían prometido que estarían de regreso para esa fecha.

—Según parece una tormenta de nieve ha hecho que cancelen su vuelo —contestó Lilah—, pero Charlotte me llamó esta mañana para desearme un feliz cumpleaños y me ha dicho que Walker y Tamra nos mandan abrazos a todos y que sienten no poder venir.

Walker, su primo además de hermano de Charlotte, se había trasladado a Dakota del Sur hacía tres meses después de haberse casado con Tamra y haber iniciado un nuevo negocio.

Walker y él habían tenido sus diferencias en el pasado, pero las habían solucionado antes de que se marchara, y Trace se alegraba de ello.

Volvió con su madre y se sentó junto a ella.

—Bueno, ¿y te ha dicho Walker cómo le va con su asesoría en Sioux Falls?

—Según me ha dicho Charlotte no podría estar más contento —respondió su madre—.

¿Te importaría sentarte allí? —le dijo señalándole el espacio vacío entre Megan y Paige—. Estoy esperando a un invitado especial.

¿Un invitado especial? Trace miró a Paige, pero su hermana se limitó a enarcar una ceja y a retirar la silla junto a la suya para indicarle que no replicara y fuese a sentarse a su lado. Trace se preguntó de qué iba todo aquello.

—Siento llegar tan tarde; me surgió un imprevisto en el último minuto.

Trace se volvió al oír aquella voz familiar. Stephen Cassidy, el abogado de la familia, entró en el salón privado con un regalo en una mano y una rosa roja en la otra.

Trace lo miró de hito en hito y luego a su madre. ¿Stephen era el invitado especial de su madre?

—Trace, cierra la boca —le siseó Paige cuando se sentó junto a ella.

Trace la miró, pero su hermana únicamente sonrió y se encogió de hombros.

¿Iba a explicarle alguien lo que estaba pasando allí? Patidifuso, Trace vio cómo su madre se sonrojaba cuando Stephen le entregó la flor y el regalo envuelto en un papel brillante. Trace no recordaba haber visto a su madre sonrojarse en toda su vida.

¿Stephen y su madre. .? Aquello jamás se lo habría esperado. No era que tuviese nada en contra; era sólo que se sentía un poco idiota por no haberse dado cuenta hasta entonces de que se gustaban.

Los dos eran adultos; libres de hacer lo que quisiesen; y además su madre era una mujer muy hermosa y el galante abogado llevaba viudo ya unos cuantos años.

Resultaba chocante que dos personas a las que hasta entonces había tenido por reservadas estuviesen comportándose como un par de adolescentes enamorados; mirándose sonrientes y con auténtica adoración.

Sus hermanas, Matt, y Simon parecían tan incómodos como él, pero la tensión se disipó después de que hubieran brindado con champán y su madre abriera los regalos, y para su sorpresa el resto de la velada transcurrió de una forma muy agradable.

Su madre no se quejó ni una sola vez de la comida, ni del servicio, ni de nada, algo sumamente inusual en ella. De hecho, estaba tan pendiente de cada cosa que decía Stephen que ella apenas abrió la boca, algo todavía más inusual cuando por lo general le encantaba acaparar toda la conversación.

Era obvio que estaba muy enamorada de él, tanto como él de ella, y aunque a Trace le iba a costar bastante tiempo acostumbrarse a ello, lo cierto era que le gustaban los cambios que el amor parecía haber obrado en su madre.

Después del postre pidieron café, y Trace se excusó un momento para ir al servicio. Su sorpresa fue mayúscula cuando camino de los aseos vio a Becca entrando en el restaurante con una sonrisa en los labios.

No la había visto sonreír ni una sola vez desde el día en que se habían tropezado en la calle, y de pronto se dio cuenta de cuánto había echado de menos esa sonrisa en aquellos cinco años.

Cuando la vio quitarse el abrigo y entregárselo al maître, se quedó

literalmente sin aliento. El corto vestido negro que llevaba debajo se ajustaba como un guante a su figura curvilínea, y el escote, sin ser exagerado, era lo bastante revelador como para hacerle a un hombre la boca agua. Y por si fuera poco se había puesto unos zapatos negros de tacón de aguja que realzaban sus piernas haciéndolas parecer aún más largas.

No era el único al que había dejado fascinado. Mirando en derredor vio que varios caballeros en el comedor estaban mirándola boquiabiertos. . lo cual lógicamente provocó la irritación de sus acompañantes femeninas.

Becca, sin embargo, parecía ajena a esas miradas mientras charlaba con el maître. Se había maquillado ligeramente, y unos pendientes largos con cuentas negras brillantes adornaban sus orejas y bailaban junto a su largo cuello cada vez que movía la cabeza.

Trace recordó que nunca se había considerado hermosa, recordó cómo se había sonrojado cada vez que él le había dicho que lo era; cómo jamás había llegado a creerlo.

Becca alzó la mirada en ese momento y abrió mucho los ojos cuando lo vio. Trace echó a andar hacia ella, pero se paró en seco cuando vio a Reed entrar en el restaurante, tomarla del brazo y besarla en la mejilla. Ella se volvió, le sonrió, y dijo algo que lo hizo reír.

¿Reed? Trace sintió una punzada en el pecho. ¿Había ido allí con Reed?

¡Qué idiota había sido! Debía haberlo imaginado. Una mujer no se vestía de esa manera cuando salía sola o con una amiga. Su aturdimiento se tornó en ira y apretó los puños cuando vio a Reed pasarle una mano por los hombros.

Verla con otro hombre le resultaba doloroso, pero aún más el ver a su amigo tocándola. No, no era verdad; le habría enfurecido fuese quien fuese el hombre que la tocase.

Si no se hubiese propuesto llevarla a su cama como fuera, si hubiese pensado con el cerebro en vez de con otra parte de su anatomía, no estaría allí plantado, como un idiota, en ese momento.

Había respondido a su beso la noche anterior, y quizá lo hubiese deseado como él a ella, pero parecía que su arrogancia lo había llevado a ver más de lo que realmente había.

Su plan le había estallado en la cara, y aunque sentía deseos de pegarle un puñetazo a Reed, sabía que no tenía motivos para pagarlo con su amigo.

Sin embargo, no estaba muy seguro de ser capaz de comportarse civilizadamente si lo veía besar a Becca otra vez, así que giró sobre los talones y volvió al salón privado.

Hasta logró cantar el cumpleaños feliz y tomar un trozo de tarta de

chocolate sin que se le atragantase antes de marcharse.

Seguía lloviendo, sólo que con más fuerza, y a Trace le pareció que el tiempo no habría podido ajustarse más a su mal humor.

Regresó a la mansión, y ni siquiera se molestó en aparcar el coche en el garaje.

Ignoró la lluvia que caía sobre él mientras se dirigía hacia la entrada oeste, por la que se accedía al ala donde estaban sus dependencias, y estaba pensando en el trago de whisky que iba a tomarse para no pensar y mandarlo todo al diablo, cuando vio una figura sentada en la escalinata.

Se paró en seco con el ceño fruncido, y cuando un relámpago iluminó la noche se quedó boquiabierto al ver quién era.

Capítulo Seis

—¡Becca! ¡Por amor de Dios!, ¿qué estás haciendo aquí?

Eso mismo había estado preguntándose ella una y otra vez durante los veinte minutos que llevaba allí, bajo la lluvia, diciéndose que debería irse. No sabía si estaba temblando de nervios o por el frío que atravesaba su calado abrigo.

Cuando finalmente había visto el todoterreno de Trace acercándose a la mansión el corazón le había dado un vuelco y había estado a punto de ir a esconderse tras unos arbustos. Lo habría hecho, pero tenía demasiado frío para moverse.

Sin esperar una respuesta, Trace la ayudó a levantarse, se quitó el abrigo, y se lo echó sobre los hombros. Sacó apresuradamente las llaves del bolsillo de su pantalón, se le cayeron, y se agachó maldiciendo para recogerlas.

Segundos después estaban dentro. Trace cerró lo puerta y encendió la luz del pequeño vestíbulo. Luego se volvió hacia ella y la agarró por los hombros.

—Je ha ocurrido algo? —le preguntó mirándola con el ceño fruncido de preocupación y las facciones tensas.

Con los dientes castañeteándole, Becca sacudió la cabeza.

—Ven —le dijo Trace tomándola de la mano y llevándola hacia el pasillo.

—¡No! —exclamó ella soltándose. Se quitó el abrigo y se lo tendió —. No quiero que tu familia. .

—Maldita sea, Becca, no discutas ahora —replicó él quitándole el abrigo de la mano y arrojándolo sobre una silla.

Becca emitió un gemido ahogado cuando la alzó en volandas. Por un momento creyó que iba a llevarla a su dormitorio, y su corazón palpitó con una mezcla de nerviosismo y excitación, pero la puerta que Trace abrió cuando se detuvo resultó ser la de un cuarto de baño.

La sentó sobre una banqueta, abrió un armario, y sacó de él unas cuantas toallas que colocó sobre la encimera de mármol del lavabo antes de quitarle el calado abrigo y dejarlo caer al suelo.

—¿Cuánto tiempo llevabas ahí fuera? —le preguntó con el ceño fruncido.

Becca, que estaba tiritando, se frotó los brazos con las ateridas manos mientras el agua le chorreaba por la cara y el cuello. Dios, se sentía como una idiota.

—No mucho.

Trace le puso sobre los hombros una toalla grande antes de desdoblar otra para secarle el cabello.

—Estás empapada.

Becca no podía dejar de temblar. Asió las puntas de la toalla que él

le había colocado sobre los hombros y tiró de ellas para apretarla más contra su cuerpo.

Las fuertes y cálidas manos de Trace le frotaron los brazos y la espalda, haciéndole recordar lo agradable que había sido sentirlas años atrás sobre su piel desnuda. Un cosquilleo eléctrico recorrió su cuerpo, haciéndola más consciente de su proximidad, y cuando se arrodilló frente a ella y le levantó la barbilla para secarle suavemente el rostro, bajó la vista porque se sentía demasiado azorada para mirarlo.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo ahí fuera con la tromba de agua que está cayendo? —le preguntó quedamente.

—Esperarte.

Trace se quedó quieto y aquella única palabra se quedó flotando entre ellos.

—Te vi en el restaurante —le dijo Becca, sintiéndose tonta. ¡Cómo si él no lo supiera!

—Yo también a ti —respondió él—. De hecho creo que no pasaste precisamente desapercibida con ese vestido —murmuró dejando la toalla a un lado para luego acariciarle la mejilla con un dedo—. Pero eso no contesta a mi pregunta.

Becca se estremeció al sentir aquel leve roce sobre su piel. Una voz en su interior le gritaba que mintiese, que se inventase algo; cualquier cosa; para poder así conservar al menos un mínimo de dignidad, pero Becca sintió que no podía hacerlo.

«No más mentiras», se dijo, alzando lentamente la vista hacia su rostro.

—Tú sabes por qué estoy aquí.

Los ojos de Trace se oscurecieron y sus labios se apretaron, formando una fina línea. Becca sintió la tensión pasar del cuerpo de él al suyo, como los zarcillos de una vid que hubiesen salido del interior de él y se hubiesen enredado en torno a ella.

—¿Y qué pasa con Reed? —le preguntó Trace.

Becca cerró los ojos e inspiró.

—No habría sido justo —murmuró—; no podía estar con él cuando estaba pensando en ti.

Trace le remetió el cabello mojado tras la orejas y deslizó lentamente las manos por su cuello.

—Abre los ojos, Becca —le dijo con voz ronca.

Ella obedeció, y el corazón le palpitó con fuerza cuando vio su propio deseo reflejado en los ojos verdes de él. Alzó una mano temblorosa y le tocó la mejilla, la barbilla, la línea de la mandíbula. . pero cuando sus dedos subieron hacia los labios Trace la detuvo, agarrándola por la muñeca.

—Trace. . —susurró Becca.

Sus labios se entreabrieron expectantes. Trace se inclinó hacia delante, enredó los dedos en su cabello mojado, y su boca descendió sobre la de ella. Las manos de Becca subieron por su pecho y sus brazos le rodearon el cuello.

El beso empezó siendo tierno, vacilante incluso, pero poco a poco se fue tornando más apasionado, y sus lenguas se entrelazaron en una danza frenética. De la garganta de ella escapó un gemido, y Trace se apartó para mirarla.

Becca tenía las mejillas encendidas y los labios húmedos e hinchados.

—Bésame, Trace —le rogó en un susurro—. Bésame, por favor.

El no se hizo de rogar. Tomó sus labios de nuevo, y Becca se aferró a él, respondiéndole con fervor. Sus blandos senos se apretaron contra su pecho, haciendo que el pulso se le acelerara, y el deseo lo sacudió con la fuerza de un huracán. Quería hacerla suya allí mismo, en el suelo, contra la pared, en la ducha. . no le importaba dónde con tal de poder hundirse en su interior y saciar su ansia de ella.

Sin embargo se contuvo, la ayudó a incorporarse y la llevó arriba, a su habitación.

Apenas hubo cerrado la puerta volvió a tomar los labios de Becca en un beso largo y profundo hasta que la sintió derretirse contra él..

Bajó la cremallera que tenía su vestido en la espalda, luego los tirantes, y tiró de la prenda hasta que cayó al suelo.

Trace se apartó un poco y admiró a Becca como la obra de arte que era: su blanca y suave piel, los senos turgentes cubiertos por un sujetador de encaje negro, las redondeadas caderas, el liso vientre, esas piernas larguísimas. .

Cuando volvió a atraerla hacia sí y la besó en el frío hombro Becca se estremeció y le suplicó que acabase de desvestirla, pero a pesar del deseo que lo consumía Trace no quería apresurarse. Necesitaba redescubrir cada curva de su cuerpo; cada centímetro de su piel.

Becca enredó los dedos en su cabello húmedo cuando empezó a besarla en el cuello, y al sentir sus manos cerrarse sobre sus tirantes senos se le cortó el aliento.

Trace le acarició los pezones con ambos pulgares, y un escalofrío de placer la recorrió de arriba abajo.

Exploró con los labios y la lengua la extensión de piel que el sujetador no cubría, y cuando enganchó los dedos en el elástico de las braguitas y tiró de ellas hacia abajo, Becca sintió una ola de calor húmedo entre las piernas.

Temblando, aunque no ya de frío, sino de deseo, le clavó las uñas en los hombros, y Trace, después de desabrocharle el sujetador, apartó una de las copas con los dientes para trazar un círculo húmedo en torno al pezón con la lengua.

Becca jadeó y se arqueó hacia él. Después de seguir lamiendo, mordisqueando y succionando ese pezón a placer, Trace le quitó el sujetador y lo dejó caer al suelo, antes de prodigar las mismas atenciones al otro seno.

Becca lo empujó hacia la cama y cayeron sobre el colchón, ella a horcajadas de él.

Fue desabrochándole uno tras otro los botones de la camisa, y cuando se la abrió se deleitó frotando las manos arriba y abajo por su ancho y musculoso tórax.

Luego sus labios reemplazaron a sus manos, y comenzó a descender hacia su estómago al tiempo que dibujaba arabescos sobre su piel con la lengua. Le desabrochó los pantalones con intención de explorar otras partes más íntimas de su cuerpo, pero cuando le bajó la cremallera, de la garganta de Trace escapó un sonido gutural, a medio camino entre un gruñido y un jadeo, y antes de que pudiera reaccionar se encontró debajo de él.

Trace se bajó de la cama y en unos segundos se deshizo de la camisa, los pantalones, y el resto de su ropa. El corazón de Becca palpitó con fuerza al verlo desnudo ante sí, y cuando volvió a acercarse a la cama y le acarició las piernas de abajo arriba, se estremeció entera.

Luego fueron sus labios los que hicieron ese mismo recorrido, haciéndola retorcerse de excitación al llegar a la cara interna de sus muslos.

Trace pareció decidir que quería atormentarla un poco más, porque se subió a la cama y abandonó esa zona, dejando que su boca ascendiera por la cadera, luego por su estómago. . Becca se mordió el labio inferior porque temía que alguien pudiese oírla, pero cuando Trace alcanzó su seno y tomó un pezón en la boca, el placer arrancó un intenso gemido de su garganta y la hizo arquearse. Cada pasada de la lengua de Trace la hacía suspirar, y se notaba cada vez más húmeda.

Trace devoró su otro seno con idéntico ardor, y una de sus manos descendió por la cadera para deslizarse luego entre sus piernas. Sus largos dedos separaron los pliegues de su sexo, acariciándola íntimamente y Becca sintió que iba a estallar de placer.

—Trace, por favor, no me hagas esperar más. . —le suplicó jadeante, arqueando las caderas y arañándole los hombros.

Él no se hizo de rogar. Le abrió las piernas y la penetró con una fuerte y certera embestida, emitiendo un gruñido animal antes de empezar a moverse. Becca le rodeó la cintura con las piernas, y en ese momento un relámpago iluminó la habitación, permitiéndole ver el deseo en el rostro de Trace mientras sacudía las caderas.

Le echó los brazos al cuello, arqueándose para responder a cada

embestida, y cuando alcanzó el orgasmo casi gritó por la fuerza con que le sobrevino. Tembló como una hoja, y al poco oyó gemir a Trace y lo sintió estremecerse también antes de que se derrumbara jadeante sobre ella.

Aún se podía oír el ruido de la lluvia cayendo sobre el tejado, pero parecía que la tormenta se estaba alejando.

Trace todavía estaba intentando asimilar lo que había ocurrido, cómo podían haber pasado de coincidir en un restaurante a acabar juntos en la cama.

No queriendo romper aún el íntimo contacto entre ellos se sirvió de los codos para incorporarse un poco y mirarla. Los rescoldos del deseo ardían todavía en sus ojos, pero también había confusión en ellos.

—Yo. . no quería que esto pasara —dijo quedamente.

—Y pensar que casi me habías engañado. . —ironizó él irritado.

La sintió tensarse debajo de él y se preguntó por qué no habría mantenido la boca cerrada. Dejó escapar un suspiro y la besó suavemente en los labios.

—No pienses en eso ahora; deja las lamentaciones para mañana.

Becca asintió y cerró los ojos.

Trace podía sentir los latidos de su corazón y el acompasado ritmo de su respiración, pero seguía temiendo que todo aquello fuese sólo un sueño y se despertase de repente.

La besó con dulzura hasta que notó que volvía a relajarse. Parecía real, se dijo, y cuando Becca subió las manos por su espalda supo que no estaba soñando.

—Debería marcharme —murmuró ella, lanzando un suspiro.

—Ni hablar; esta noche la pasarás aquí —replicó él antes de besarla en el cuello y mordisquearle el lóbulo de la oreja.

—Trace, sabes que no puedo. .

—Ya está decidido; te quedas —insistió él, haciéndola estremecer con un sensual beso justo detrás de la oreja.

—No puedo. . —repitió ella, gimiendo cuando los labios de Trace descendieron por su garganta—. Mi madre se preocupará si no vuelvo a casa esta noche.

«Y querrá saber exactamente dónde la pasaste», pensó él. 0 con quién, para ser más exactos.

Una vez más el pasado volvía a interponerse entre ellos.

—Ya no eres una niña, Becca. Y siempre puedes llamar y dejarle un mensaje en el contestador para decirle que vas a pasar la noche fuera.

—Trace, no creo que. .

—Sí —la interrumpió él, descendiendo beso tras beso hacia la turgencia de uno de sus senos.

Becca se mordió el labio inferior y se arqueó hacia él al tiempo que

enredaba los dedos en su corto cabello.

—Sí —claudicó casi sin aliento—. Sí —repitió en un susurro cuando Trace siguió bajando.

Aunque hubiera querido no habría podido resistirse.

Apenas había amanecido cuando Trace se despertó. En algún momento de la noche había dejado de llover, y a través de las cortinas se filtraban los primeros rayos del sol.

Deslizó una mano sobre las sábanas, y al encontrar vacío el otro lado de la cama sintió una punzada de decepción.

¿Dónde estaría Becca?, se preguntó abriendo los ojos. Miró en derredor pero no la veía por ninguna parte, y al fijarse en que su ropa tampoco estaba frunció el ceño.

¿Se había marchado sin decirle nada?

Como si del canto de una sirena se tratase, un olor a café lo hizo incorporarse.

Se bajó de la cama, se puso unos vaqueros y se dirigió a la pequeña cocina que era parte de sus dependencias.

El corazón le palpitó con fuerza al ver a Becca de pie frente al fregadero, con una mirada pensativa en su rostro mientras miraba por la ventana. Tenía puesta la camisa blanca que él había llevado la noche anterior, pero apenas le cubría los muslos, y el cabello castaño le caía alborotado sobre los hombros en una masa de ondas desiguales.

Trace recordó entonces que Becca siempre había detestado la lluvia porque le rizaba el cabello. Y a pesar de ello había sido precisamente bajo la lluvia donde la había encontrado la noche anterior. . esperándolo.

La noche anterior el único pensamiento que había ocupado su mente era que quería hacerle el amor a Becca, y mientras la miraba, se dio cuenta de que eso era exactamente lo que estaba pensando en ese momento.

Se acercó en silencio a ella y le rodeó la cintura con los brazos para atraerla hacia sí. El saber que no llevaba nada debajo de la camisa lo excitaba muchísimo.

—Nunca creí que un día tendría celos de una de mis camisas —murmuró.

Las mejillas de Becca se tiñeron de un suave rubor.

—Mi vestido todavía estaba mojado, así que lo he metido en la secadora. Espero que no te importe.

—Claro que no —contestó él.

El tono que Becca había empleado había sonado casi formal, como si fuesen dos extraños, y la notaba tensa. Una parte de él quería saber qué estaba pensando, pero otra prefería no saberlo porque temía que no le gustase la respuesta.

—También he hecho café —añadió ella—. Te serviré una taza.

Hizo ademán de apartarse de él, pero Trace se lo impidió estrechándola más contra sí.

—El café puede esperar —murmuró—. Esto no. .

Le apartó el cabello y la besó en la nuca. Un gemido ahogado escapó de los labios de Becca cuando sus labios se dirigieron hacia su cuello, y al poco la sintió estremecerse.

Deslizó las manos por debajo de la camisa de algodón, tomando posesión de la curva de sus caderas y de sus nalgas. Su piel tenía la suavidad de los pétalos de una rosa, pensó Trace.

Subió las manos por sus caderas de nuevo, pero esa vez no se detuvo en ellas sino que siguió subiendo hasta alcanzar los senos de Becca, y cuando los tomó en sus palmas ella volvió a gemir y echó la cabeza hacia atrás, apoyándola contra su pecho.

Masajeó las blandas circunferencias, sintiendo cómo se endurecían los pezones bajo su contacto, y cuando Becca apretó las nalgas contra su cuerpo fue él quien gimió de placer.

Trace bajó entonces una mano hasta llegar al valle de entre sus piernas, y al introducir un dedo en su húmedo calor supo que estaba tan dispuesta como lo estaba él.

Mientras la besaba en el cuello y continuaba acariciándole los senos con la otra mano, comenzó a mover el dedo dentro y fuera de ella. Jadeante, Becca se agarró a sus caderas e intentó volverse, pero en ese momento le sobrevino el orgasmo y Trace la sintió estremecerse en sus brazos.

La hizo volverse hacia él, y sin perder tiempo se bajó la cremallera de los vaqueros, y los empujó hacia abajo. Luego le puso las manos en las nalgas y la levantó.

Becca le rodeó el cuello con los brazos y la cintura con las piernas, y Trace gimió extasiado cuando se dejó caer sobre su miembro erecto, haciéndolo hundirse dentro de ella.

Comenzó a mover las caderas con embestidas fuertes y rápidas, y pronto el delirio volvió a apoderarse de ambos.

Minutos después yacían otra vez en la cama, el uno en brazos del otro. Becca había perdido por completo toda percepción del espacio y el tiempo mientras hacían el amor, y no estaba segura de cómo habían vuelto a acabar allí. Miró la hora en el reloj de la mesilla y vio que eran casi las ocho.

Parecía que sólo hubieran pasado unos minutos desde que se había levantado y había ido a la cocina, resuelta a despedirse y marcharse cuando él se levantase también, pero cuando había empezado a besarla y a acariciarla el deseo había logrado doblegar su voluntad.

Su cita de la noche anterior con Reed había sido un desastre. Había sido una tonta al pensar que el aceptar su invitación a salir la haría

olvidarse de Trace. Aun tras haberlo visto se había propuesto intentar mantenerlo apartado de su mente, pero apenas les habían servido el primer plato cuando Reed se había dado cuenta de lo que ocurría.

Después de aquello no había podido hacer otra cosa más que pedirle disculpas y marcharse avergonzada. Se subió en su coche resuelta a volver directamente a casa, pero la absurda idea de ir a la mansión y esperarlo allí se había apoderado de ella a mitad de camino. Se había dicho que sólo se quedaría un momento para hacerle ver por qué no era una buena idea que volviesen a verse. . y había acabado pasando la noche con él.

Él le había dicho que dejase las lamentaciones para la mañana siguiente, pero extrañamente no se arrepentía de lo que había ocurrido entre ellos. Pasase lo que pasase siempre guardaría esa noche en su memoria.

—Adónde vas? —la llamó él cuando vio que iba a levantarse.

—A por mi ropa —respondió ella. Sin embargo no intentó apartarse de él cuando su brazo le rodeó la cintura.

—La he tirado por la ventana —murmuró Trace deslizando la mano por su cadera

—.

¿Por qué no vuelves a ponerte mi camisa para que te la quite otra vez?

Becca se incorporó y lo miró en silencio un momento.

—Tengo que irme, Trace.

Él exhaló un suspiro y dejó caer su mano.

—Está bien; te recogeré esta tarde a las siete y media.

—Trace. .

—Sólo para cenar —le dijo él extendiendo una mano para apartarle un mechón del rostro—. En Morelli's siguen haciendo esa pizza pepperoni que tanto te gustaba.

Condenado Trace. . Sabía que sentía debilidad por la pizza pepperoni de Morelli's y que le sería imposible resistirse. En fin, ¿qué daño podía hacer que fuese a tomarse una pizza con él después de todo lo que habían hecho la noche anterior?, se dijo Becca.

Su conciencia, sin embargo, seguía insistiéndole en que debía negarse.

—No sé; ya veremos —dijo finalmente.

Su absurdo pudor le hizo taparse con su camisa para levantarse de la cama, y cuando se le ocurrió volver la vista hacia atrás para mirar a Trace lo encontró devorándola con los ojos. Sería mejor que saliese de allí cuanto antes, se dijo. . o acabaría bajo las sábanas con él otra vez.

Capítulo Siete

—No sabes cuánto me alegra que hayas podido quedarte a desayunar conmigo, cariño —le dijo Lilah a Trace antes de llevarse la taza de porcelana a los labios y tomar un sorbo de té—. Imagino lo ocupado que debes estar.

Trace tomó también un sorbo de su café mientras miraba a su madre de reojo y se preguntaba de qué querría hablarle porque dudaba que simplemente quisiese pasar un rato con él. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que pudiera haber visto a Becca salir de la casa esa mañana, pero su madre no acostumbraba a levantarse temprano, así que descartó esa idea.

—¿Te apetece un cruasán? —le preguntó Lilah, señalándole una cesta con bollería variada.

—No, gracias; estoy lleno.

Y lo estaba. Había tomado huevos revueltos, beicon, fruta, tostadas. . Parecía que hacer el amor con Becca le había abierto el apetito. . ¡y de qué manera! Hasta la noche anterior había pensado que después de hacerle el amor podría dejar de pensar en ella, pero el efecto había sido justamente el contrario. Estaba deseando poder volver a tenerla desnuda debajo de él, retorciéndose y gimiendo de placer.

Sin embargo, aquél no era el mejor momento para pensar en Becca desnuda, sentado a la mesa con su madre, así que Trace se obligó a apartar aquellas eróticas imágenes de su mente.

—¿Te he dicho lo mucho que me gustó tu regalo? —le preguntó su madre ajustándose el pañuelo, que llevaba anudado al cuello de un modo muy elegante.

Sí, se lo había dicho varias veces, pensó Trace. Era obvio que estaba distraída aquella mañana, y le daba la impresión de que también un poco nerviosa.

—Me alegra que te guste, mamá.

—Y la fiesta fue. un detalle tan bonito por parte de tu hermana —añadió Lilah antes de tomar otro sorbo de té.

¿Era su imaginación, o le temblaban las manos un poco?, se preguntó Trace.

—¿No te parece que Stephen es un hombre muy agradable?

Ajá. . De modo que se trataba de eso. Si su mente no hubiese estado tan ocupada recordando la noche anterior con Becca habría caído en la cuenta mucho antes.

—Quiero decir que durante todos estos años para nosotros sólo había sido el abogado de la familia —continuó su madre atropelladamente—, pero es una gran persona.

—Sí, sí que lo es —asintió él, alargando la mano para alcanzar la

cafetera.

—Oh, deja que lo haga yo, cariño —dijo su madre tomándola y sirviéndole antes de ajustar de nuevo el pañuelo—. Bueno, ¿y qué te parece? —inquirió impaciente después de que Trace hubiera tomado un sorbo.

—Quizá un poco cargado, pero no está mal.

Su madre frunció el entrecejo.

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

Trace dejó la taza sobre el platillo.

—Pues la verdad es que no estoy muy seguro; aunque creo que de un modo algo enrevesado estás preguntándome si apruebo tu relación con Stephen.

—Bueno, no creo que pueda decirse que tenemos una «relación» exactamente —

replicó ella sonrojándose—. Sólo hemos salido un par de veces a cenar. . exceptuando las ocasiones en que nos hemos reunido para hablar de asuntos legales que afectaban a la familia, claro, aunque sí me ha dicho que le gustaría que nos conociéramos a un nivel más. . personal.

Trace no estaba seguro de saber a qué se refería su madre con «personal», pero sí que aquella conversación estaba empezando a hacerlo sentirse incómodo. Había cosas que los padres no deberían contarle a sus hijos, por mayores que fuesen.

—Mamá, si quieres iniciar una relación con Stephen me parece perfecto.

Lilah bajó la vista a su té.

—No lo sé; apenas han pasado siete meses de la muerte de tu padre, y ya sabes lo que la gente podría decir.

Trace enarcó una ceja.

—¿Y desde cuándo le importa a Lilah Ashton lo que diga la gente?

—Bueno, la verdad es que a mí me da igual lo que puedan decir —contestó ella encogiendo un hombro—, pero me preocupa Stephen. Yo hace ya mucho tiempo que aprendí a que ignorar los rumores que circulan sobre nosotros, pero Stephen no está acostumbrado a esa clase de cosas y no querría causarle problemas. Es un hombre bueno, y honorable, y. . en fin, afrontémoslo, los escándalos parecen perseguir a nuestra familia.

Aquello era algo que Trace no podía negar, pero el que su madre fuese capaz de preocuparse por otra persona que no fuese ella misma demostraba hasta qué punto la estaba haciendo cambiar su amor por Stephen.

—Stephen lleva años trabajando para nosotros, mamá; sin duda él sabe mejor que nadie que no se debe dar credibilidad a las tonterías que difunden los medios.

—Yo creía que quería a tu padre —dijo Lilah bajando la vista y suspirando—, pero en realidad no era amor. Me casé con él porque quería ser algo más que una secretaria, y creía que con esta casa y todos los lujos con los que me colmó no necesitaría nada más.

—¿Y ahora? —inquirió Trace.

—Ahora me doy cuenta de que hay otras cosas más importantes en la vida.

Trace escrutó el rostro de su madre en silencio y vio en su mirada que sus palabras eran sinceras.

—¿Estás muy enamorada de Stephen, no es así?

Lilah volvió a sonrojarse.

—La vida no suele darte segundas oportunidades —le dijo—, y tengo mucho miedo de echar ésta a perder.

—No vas a echar nada a perder —le dijo Trace poniendo su mano sobre la de ella

—. Y aunque quiero que sepas que no lo necesitas; tienes mi bendición para iniciar una relación con Stephen.

Su madre bajó la vista, como azorada de nuevo.

—Esta noche tiene una reunión de trabajo en San Francisco y me ha pedido que vaya con él —le dijo.

Trace asintió.

—Me parece estupendo.

—Y he. . he pensado. . hemos pensado no volver hasta mañana por la mañana.

Dios, decididamente aquello era algo que no necesitaba saber. Trace tomó su vaso de agua y se lo bebió casi entero. ¿Qué se suponía que debía responderle?

—Oh, ya veo. Bueno, pues. . que lo paséis bien.

Los hombros de Lilah se distendieron y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Extendió una mano y la puso contra la mejilla de Trace.

—Tengo unos hijos tan buenos. . no os merezco.

La emoción contenida en la voz de su madre y aquella caricia inesperada sorprendieron a Trace. No recordaba que su madre le hubiese expresado jamás su cariño de un modo tan sincero y tan abierto, y no estaba muy seguro de cómo responder.

—Mamá. .

—No hace falta que digas nada, cariño —le dijo Lilah sonriéndole y dándole unas palmaditas en la mejilla—. Ni siquiera voy a preguntarte sobre esa joven que salió esta mañana temprano de la finca.

A Trace el corazón le dio un vuelco. ¡Diablos! De modo que sí había visto a Becca marcharse.

—Disculpe, señora —dijo Irena, el ama de llaves, asomándose a la

puerta del comedor en ese momento.

Trace agradeció aliviado aquella oportuna interrupción.

—¿Qué sucede, Irena? —contestó su madre.

—El señor Cassidy está al teléfono.

El rostro de Lilah se iluminó, e iba a levantarse cuando miró a Trace y volvió a sentarse.

—Dígale que yo le llamaré más tarde.

—No lo hagas por mí, mamá —le dijo Trace antes de apurar el café que quedaba en su taza y ponerse de pie—. De todos modos debo irme ya; tengo un montón de cosas que hacer.

—Seguro que no te importa?

—Por supuesto que no —le aseguró él. La besó en la mejilla y le sonrió—. Salúdalo de mi parte.

Lilah sonrió también y salió del comedor seguida del ama de llaves.

Cuando se hubo quedado a solas, Trace se frotó la nuca, preguntándose si su madre habría reconocido a Becca al verla abandonar la finca en su coche aquella mañana.

Cinco años atrás, cuando Becca había roto su compromiso con él, su madre había llorado y se había sentido furiosa con ella porque le hubiese partido el corazón a su hijo. Trace en aquellos momentos no había querido otra cosa más que lo dejasen tranquilo, pero su madre se había empeñado en hacerle olvidar a Becca y le había presentado a al menos una docena de chicas de buenas familia.

Para complacerla incluso había salido con un par de ellas, pero aquello no había funcionado. Sencillamente no había tenido interés alguno en esas chicas. No quería reemplazar a Becca; quería vengarse de ella; hacerle pagar por lo que le había hecho.

Eso era lo que había planeado cuando se había enterado de que había vuelto al valle, pero lo que había ocurrido la noche anterior entre ellos lo había dejado aún más confundido respecto a ella. Ya no estaba seguro de saber lo que quería.

Sólo iban a cenar, se repitió Becca una vez más al detenerse junto a la entrada de Morelli's. Además no iba a ser algo formal; simplemente tomarían una pizza, charlarían un poco, volvería a casa, y se acostaría temprano.

Dios, ¿a quién quería engañar? Lo cierto era que apenas había podido trabajar en todo el día pensando en Trace. No había podido evitar recordar una y otra vez la noche anterior: cada beso apasionado, cada susurro, cada caricia. . Incluso en ese momento, a pesar del frío aire de la noche, sintió que una ola de calor la invadía al pensar en ello.

Se obligó a volver al presente, inspiró en un intento por calmarse y entró en la concurrida pizzería. Nada había cambiado desde la última

vez que había estado allí.

Los mismos sillones de vinilo rojos, las mismas mesas, los mismos murales de viñedos de la campiña italiana en las paredes, el mismo olor delicioso a hierbas y salsa de tomate. . incluso Trace estaba sentado esperándola en la misma mesa en la que se habían sentado cada vez que habían ido allí en el pasado.

Cuando lo vio alzar la vista y sonreír el corazón le palpitó con fuerza. «Esto no es una cita; no es una cita», se repitió como un mantra, irguiendo los hombros mientras se dirigía hacia él.

Por algún motivo ridículo de pronto se sentía tímida y nerviosa, y cuando se sentó frente a él y sus rodillas chocaron se apresuró a doblar las piernas y a meterlas debajo de la silla. No sabía si Trace se había dado cuenta, pero si así era no hizo ningún comentario al respecto.

—Hola —murmuró, intentando pensar en algo inteligente que decir.

Sin embargo, antes de que pudiera intentarlo siquiera, Trace la sorprendió inclinándose hacia delante y besándola en los labios. Luego, volvió a echarse hacia atrás.

—Llevaba todo el día pensando en eso, y me pareció que lo mejor sería hacerlo para quitármelo de la cabeza —le dijo antes de tomar el botellín de cerveza frente a él para beber un trago.

Becca se sentía como una tonta. ¿Por qué tenía que afectarle de esa manera?;

¿por qué un simple beso de Trace hacía que no pudiese pensar, que no pudiese respirar?

Irritada consigo misma, alzó la barbilla y lo miró a los ojos.

—No voy a acostarme otra vez contigo, Trace —le advirtió, observando con satisfacción cómo enarcaba una ceja—. Me ha parecido que lo mejor sería decírtelo para quitártelo de la cabeza.

Trace sonrió divertido.

—Podrías al menos llevarme a casa? Acabo de dejar mi todoterreno en el taller porque se me ha estropeado un faro.

—Bueno, tal vez te haga el favor si te comportas —respondió ella quitándose la chaqueta.

Cuando puso las manos sobre la mesa, Trace extendió las suyas y se las acarició mientras la miraba a los ojos.

—Je pongo nerviosa, Becca?

Un cosquilleo la recorrió de arriba abajo. ¿Cómo podía siquiera intentar mentirle?

—Sí.

Trace sonrió muy ufano y Becca apartó las manos.

—Una pizza pepperoni grande para compartir —anunció una camarera que apareció junto a ellos en ese momento.

Becca le lanzó una mirada irritada a Trace. Hasta el último momento había estado dudando si ir o no, pero según parecía él había tenido muy claro desde un principio que se presentaría allí. Incluso había pedido antes de que ella llegara.

—¿Le traigo algo de beber? —le preguntó la camarera.

—Una Coca—Cola, por favor.

A pesar de su enfado la pizza tenía una pinta increíble y olía aún mejor, así que cuando la camarera se hubo retirado no pudo resistirse a tomar una porción y darle un mordisco.

—Mmm. . Dios, está buenísima —murmuró cerrando los ojos mientras la saboreaba.

Trace no era lo único que había echado de menos durante esos cinco años, pensó.

En Los Ángeles no hacían pizzas como aquélla.

Trace se rió y tomó también una porción.

—Bueno, háblame de tu trabajo —le dijo.

Becca se encogió de hombros.

—No hay mucho que contar. Al principio

me costó hacerme un hueco en el mercado, y sobrevivía con encargos esporádicos de fotografías para revistas de cocina, y cosas así, hace seis meses firmé un contrato para diseñar un catálogo de una bodega de Santa Bárbara, ellos me recomendaron a Glen Ivy, y luego surgió lo de Whitestone.

—Y lo de Viñedos de Louret —añadió Trace con toda la intención.

De modo que estaba enterado de eso. Becca iba a contestar, pero en ese momento regresó la camarera con su bebida.

—Gracias —le dijo antes de que volviera a retirarse—. Todavía no estoy segura de que vaya a trabajar con ellos. Tu. . Mercedes Ashton me ha entrevistado y me ha dicho que me llamarán.

—Mi hermanastra —dijo Trace muy calmado—. Puedes llamarla así; no me molesta. Aunque nuestras familias no se lleven bien no podemos negar el hecho de que compartimos la misma sangre.

—¿Es verdad que están intentando revocar el testamento? —inquirió Becca. Sin embargo, apenas hubo formulado la pregunta se mordió el labio—. Perdona; no es asunto mío.

Trace sonrió y encogió los hombros.

—Tampoco es que sea un secreto. Legalmente es una cuestión algo complicada, y llevará tiempo que se resuelva.

Becca no quería remover el pasado, pero le pareció que Trace debía saber que su hermanastra lo había sacado a colación durante la entrevista informal que habían tenido.

—Mercedes me preguntó si supondría un problema que hiciera ese trabajo para ellos.

—¿Por qué habría de suponer un problema?

—Bueno, tu hermanastra sabe que estábamos. . que estuvimos. . —balbució Becca.

—Dios, ni siquiera era capaz de decir la palabra.

—¿Prometidos? Becca asintió.

—Le preocupaba que pudiese sentirme incómoda trabajando para ellos por la tirantez que hay entre vosotros.

—Ya veo —contestó Trace echándose hacia atrás en su asiento—. ¿Y qué le respondiste?

—Que la relación que tuve contigo no iba a afectar de ninguna manera a mi trabajo.

Trace tomó el botellín de cerveza y dio un trago.

—¿Estás contándome esto para saber si a mí me molesta que trabajes para ellos?

—Por supuesto que no —replicó ella irritada. Bueno, quizá si sintiese algo de curiosidad al respecto—. Simplemente creí que, dada la situación actual, deberías saber que salió el tema.

Trace dejó el botellín en la mesa.

—¿Y puedo saber en qué situación estamos?

Becca maldijo para sus adentros. La verdad era que se había metido ella misma en la boca del lobo. Podía fingir que no entendía a qué se refería, o decirle que no estaban en ninguna situación, lo cual sería equivalente a implicar que la noche anterior no había significado nada para ella.

Por suerte para ella el teléfono móvil de él sonó en ese momento. Trace lo sacó del bolsillo de su chaqueta con el ceño fruncido y lo abrió para contestar.

—¿Diga? —dijo con aspereza tras ponérselo junto al oído. Sin embargo, se quedó callado escuchando, y de pronto se puso muy serio —. Voy para allá.

—¿Qué ocurre? —inquirió Becca cuando hubo colgado.

—Mi hermana Megan ha roto aguas y está sola —respondió Trace mientras sacaba con manos temblorosas unos cuantos dólares de su billetera y los ponía sobre la mesa—. Tengo que llevarla al hospital.

Si no salía alguien pronto para decirle algo iba a volverse loco, pensó Trace mientras andaba arriba y abajo por el pasillo del área de maternidad del hospital. Era increíble cómo en esas situaciones cinco minutos podían parecer cinco horas. Había un constante ir y venir de médicos, enfermeras, y pacientes, pero no sabía nada excepto que su hermana estaba de parto, y que todavía no había logrado localizar a Simon. La última vez que Megan lo había visto había sido esa tarde, cuando la había dejado en el salón de belleza de la ciudad.

El ruido de un gemido ahogado tras la puerta del paritorio hizo que se le encogiera el estómago. Gracias a Dios que Becca había ido con él y había entrado con Megan.

Había habido un momento incómodo cuando se había presentado con ella en el salón de belleza para recoger a su hermana, pero cuando Megan se dobló de dolor por una nueva contracción no hubo tiempo para hablar de eso. Becca había ido con su hermana en el asiento trasero del coche, apretándole la mano y hablándole durante el trayecto al hospital, que a Trace, que iba al volante, con los nudillos blancos de cómo lo estaba apretando, se le había hecho horriblemente largo.

No sabía nada de partos ni de bebés, y la verdad era que tampoco quería saber nada, porque era algo que le daba verdadero pavor.

En ese momento oyó a Megan gemir de nuevo y soltar una palabrota. Megan siempre había sido muy tranquila y Trace no le había oído jamás una palabrota, así que debía dolerle muchísimo.

Maldijo de nuevo para sus adentros, preguntándose dónde diablos estaría Simon.

No se había separado de Megan en las últimas dos semanas, y de pronto no había forma de encontrarlo ni de que contestara a las llamadas que había hecho a su teléfono móvil.

Su madre estaba todavía en San Francisco con Stephen, así que lo único que había podido hacer había sido dejarle un mensaje en el contestador del móvil, y aunque había intentado contactar con Paige tampoco ésta le contestaba al teléfono. Diablos.

—¡Trace!

Al volverse se encontró con Simon y Paige corriendo hacia él.

—Dónde está Megan? —le preguntó Simon al llegar a su lado.

—En ese paritorio —le contestó Trace señalándoselo.

Simon se dirigió hacia allí y desapareció tras la puerta.

—¿Dónde estabais? —le preguntó Trace a su hermana Paige.

—Me encontré con Simon en la joyería. Quería sorprender a Megan regalándole un collar cuando naciera el bebé, y me pidió que le ayudase a escogerlo. No se dio cuenta de que tenía el teléfono apagado hasta hace unos minutos, y yo me había dejado el mío en casa. ¿Cómo estaba Megan cuando entró?

Antes de que pudiera responder Becca salió del paritorio, y Paige la miró de hito en hito.

—¿Becca?

—Es una larga historia —le dijo Trace cuando se volvió hacia él. En ese momento, con los nervios que tenía, lo último que tenía ganas de hacer era explicarle a su hermana qué estaba haciendo allí Becca—. Ya te lo explicaré luego.

Paige enarcó una ceja pero no replicó y se giró de nuevo hacia Becca.

—¿Cómo está Megan?

—Estupendamente —contestó Becca sonriente—. Has llegado justo

a tiempo para darle la bienvenida al mundo a tu sobrina.

Los ojos de Paige se abrieron como platos y sin perder tiempo corrió al paritorio.

Trace sintió que se estaba mareando.

—¿Ya. . ya ha nacido? —le preguntó a Becca, agarrándola por los brazos—. ¿De verdad?

Ella asintió con la sonrisa todavía en los labios.

—Pero si hemos llegado hace sólo unos minutos —murmuró Trace incrédulo—. Y

Simon y Paige acaban de llegar ahora mismo. Creía que los niños tardaban horas en nacer.

—Bueno, según parece Megan lleva con dolor en la parte baja de la espalda desde esta mañana, pero no se había imaginado que fuese que estaba de parto —le explicó Becca—. Y además ya había roto aguas cuando fuimos a recogerla y había dilatado casi del todo, así que eso ha acelerado mucho las cosas.

—Sí, pero. . —balbució Trace tragando saliva—. Es imposible. . ¿cómo puede ser que ya. .?

Era incapaz de formar una frase coherente. En ese momento se oyó el llanto de un bebé y Trace miró hacia la puerta del paritorio, todavía aturdido, y luego a Becca.

—¿Ese llanto es de. .? Oh, Dios.

Becca se echó a reír.

—Felicidades, Trace; acabas de ser tío.

Capítulo Ocho

Eran casi las diez de la noche cuando cruzaron la verja de entrada de la finca Ashton. El nacimiento de la pequeña Amber Rose Pearce, que había pesado tres kilos y cuatrocientos gramos y medido cincuenta y tres centímetros, había llenado de dicha a sus padres, su tío y su tía, y hasta a Becca se le había contagiado su alegría.

La niña era una preciosidad: mejillas sonrosadas, enormes ojos azules, sedoso cabello rubio. , y buenos pulmones, se dijo Becca divertida al recordar cómo había llorado al salir al mundo.

Teniendo en cuenta el modo tan abrupto en que había roto su compromiso con Trace cinco años atrás, debería haber sido algo embarazoso el haberse convertido sin quererlo en parte de un evento tan íntimo y familiar. De hecho, había imaginado que las hermanas de Trace estarían resentidas con ella, pero ni la habían hecho sentirse incómoda, ni parecía que les hubiese molestado su presencia.

Más bien le había dado la impresión de que les producía curiosidad el hecho de verlos juntos de nuevo a su hermano y a ella, aunque ninguna de las dos le había hecho ninguna pregunta al respecto. Claro que habían estado demasiado ocupadas con la pequeña Amber Rose.

—Estás sonriendo —dijo Trace de repente.

—¿Qué? —inquirió Becca distraídamente.

—Digo que estás sonriendo —repitió él divertido.

Becca detuvo el coche frente a la entrada al ala Oeste, donde estaban las dependencias de Trace, y se volvió hacia él.

—Oh. Bueno, es que ha sido increíble. Nunca había estado presente en un parto; y se veía tan felices a Megan y a Simon. .

—Sí, para mí también ha sido increíble —contestó él sonriendo—.. . una vez se me quitó el miedo que pasé de camino al hospital y cuando estaba fuera esperando, claro está.

—Tendrías que haber visto la cara que pusiste cuando Simon te dejó al bebé —le dijo Becca riendo—. ¡Cualquiera diría que en vez de una niñita te habían puesto en los brazos una bomba de relojería!

—Si hubiera sido una bomba de relojería no me habría preocupado tanto que pudiese caérseme —contestó él—. Es que se la ve tan pequeña y tan frágil..

—Cuando vuelvas a ver a Megan agradécele de mi parte que me dejara tomarla en brazos a mí también —le dijo Becca.

Nunca en su vida había experimentado nada parecido: el olor a recién nacido, esa piel aterciopelada. Tener a la niña en sus brazos la había hecho derretirse por dentro, la había hecho ansiar tener un bebé ella también.

Y luego, cuando Simon le había puesto a Trace a su sobrinita en los brazos, y lo había visto mirarla con embeleso no había podido evitar

recordar cómo cinco años atrás había soñado con que él fuese algún día el padre de sus hijos.

—Pasa un momento —le dijo Trace quitando las llaves del contacto—. Creo que tengo una botella de champán para que lo celebremos.

—Trace, no puedo. .

Sin embargo Trace estaba bajándose ya del coche, y segundos después lo rodeaba para abrirle la puerta y hacerla bajar a pesar de sus protestas.

Trace la arrastró hasta la escalinata entre risas, y al llegar allí la sorprendió tomándola de la cintura y dándole un beso apasionado antes de alzarla y hacerla girar con él riendo de nuevo.

—Es la niña más preciosa del mundo —dijo con una amplia sonrisa —. Y yo soy su tío.

A Becca se le contagió su sonrisa.

—El tío Trace —murmuró—. Me gusta cómo suena.

—Sí, a mí también —dijo él. Luego la miró muy solemne y añadió —: Gracias por haber estado a mi lado, Becca.

—No tienes por qué dármelas —replicó ella—. Ha sido una experiencia maravillosa.

La expresión solemne en los ojos verdes de Trace fue reemplazada por otra más intensa, y antes de que Becca pudiera reaccionar bajó la cabeza y rozó sus labios contra los de ella.

Aquella suave fricción pronto se volvió más sensual, y cuando Trace hizo el beso más profundo Becca sintió que las piernas le flaqueaban.

—Je quedarás conmigo esta noche? —le preguntó él en un susurro.

A Becca le golpeaba el corazón con fuerza contra las costillas y se notaba ardiendo por dentro. Por una vez en su vida iba a hacer lo que le decía el corazón y a no preocuparse por las consecuencias, pensó.

—Sí.

Trace abrió la puerta y entraron tambaleándose, abrazados el uno al otro y besándose con pasión. Subieron las escaleras, y apenas hubieron entrado en el dormitorio Trace le sacó a Becca el suéter por la cabeza y ella empezó a desabrocharle la camisa entre beso y beso.

Tardaron poco en estar completamente desnudos. Trace la llevó hasta la cama, rodó sobre ella, y le dio un beso largo y profundo que la dejó sin aliento.

Mientras sus labios descendían por el cuello de Becca Trace se llenó las manos con sus senos, masajeándolos hasta que sintió que los pezones empezaban a endurecerse y entonces dejó que su boca reemplazara a sus manos. Becca se arqueó hacia él con un intenso gemido, y cuando le mordisqueó suavemente un pezón volvió a gemir y enredó los dedos en su oscuro y corto cabello.

Becca suspiró su nombre, extasiada con las increíbles sensaciones que su húmeda y caliente lengua estaba provocándole. ¿Sería consciente Trace de hasta qué punto lo deseaba?

A ella casi le daba miedo pensarlo. Quería entregarse a él, pero no sólo físicamente, sino en cuerpo y alma. Lo amaba; había seguido amándolo todos esos años y estaba segura de que por muchos más que pasaran nunca podría dejar de amarlo.

Lo rodeó con sus brazos y rodó sobre el costado llevándolo consigo para quedar sentada a horcajadas sobre él. No tenía el valor suficiente para expresarle sus sentimientos con palabras, pero podía demostrárselo.

A pesar de que la habitación estaba en penumbra pudo leer el deseo en sus ojos, y cuando puso las manos sobre su ancho tórax sintió cómo los músculos se tensaban bajo sus dedos.

Se inclinó, lo besó suavemente, y sus labios descendieron por su cuello, deleitándose en el aroma embriagador de colonia.

—Becca. . —murmuró Trace.

Ella sacudió la cabeza.

—Déjame hacer esto, por favor —le dijo—. Yo también quiero darte placer a ti.

Comenzó a frotar las palmas de las manos por sus fuertes hombros y por toda la extensión de su ancho pecho, cubriendo luego cada centímetro con sensuales besos.

Pronto la respiración de Trace se tornó jadeante, trabajosa, y sus músculos estaban cada vez más tensos por el deseo.

Becca ansiaba tenerlo dentro de sí, pero decidida como estaba a darle todo el placer que pudiera logró mantener la concentración. Se tomó su tiempo, bajando poco a poco por su cuerpo, haciéndolo gemir y suspirar, y cuando sus manos y su boca alcanzaron su liso estómago lo oyó aspirar hacia dentro y lo notó estremecerse debajo de ella.

Sin embargo el viaje que estaba haciendo por su cuerpo aún no había terminado, y cuando bajó aún más las manos de Trace se aferraron a sus hombros. Duro como el acero pero al tacto era suave como terciopelo, pensó acariciando su miembro erecto.

—Dios, ya no puedo aguantar más —masculló Trace entre dientes.

Y antes de que Becca pudiera protestar la hizo rodar hacia el otro lado del colchón y se colocó sobre ella. Luego sus manos levantaron los brazos de la joven, recorriéndolos hasta llegar a las muñecas, y tras cerrarse en torno a las muñecas, los inmovilizó contra el colchón, a ambos lados de su cabeza.

De la garganta de Becca escapó un largo gemido cuando la penetró, llegando hasta el fondo. Le rodeó la cintura con las piernas, y comenzó a cabalgar con él sobre las crecientes olas de la pasión que los estaba consumiendo a ambos.

Se arqueó hacia él con otro intenso gemido, y se estremeció entera. El cuerpo de Trace tembló también con la fuerza del orgasmo que le sobrevino y se dejó caer sobre ella.

Mientras se esforzaba por recobrar el aliento, Becca lo abrazó y contuvo a duras penas las lágrimas que estaban aflorando a sus ojos; lágrimas de dicha; lágrimas de esperanza.

El calor de los rayos del sol sobre su rostro y un olor a café despertaron a Becca a la mañana siguiente. Trace no estaba en la cama, y a juzgar por lo frías que estaban las sábanas debía llevar un rato levantado. Becca se desperezó con una sonrisa. Algo había ocurrido la noche anterior. Bueno, aparte de lo obvio, añadió para sus adentros sonriendo de nuevo al recordar lo increíble que había sido volver a hacer el amor con Trace.

La había tratado con ternura, pero no había frenado ni un ápice la pasión que se había desatado entre ellos desde el primer momento. El pensar en lo desinhibida que se había mostrado la hizo sonrojarse. Nunca se había considerado una mujer desvergonzada, pero la noche pasada desde luego no se había comportado precisamente de un modo recatado.

La sonrisa en sus labios se hizo más amplia. No, no se había comportado de un modo nada recatado.

Sin embargo, la noche anterior había habido entre ellos algo más que sexo. No sabría definir qué era, pero algo había cambiado entre Trace y ella, algo que le había hecho albergar esperanzas de que. .

Ni siquiera en su mente se atrevió a terminar la frase. ¿Y si había malinterpretado el comportamiento de Trace? ¿Y si simplemente se había dejado llevar por la alegría de haber sido tío? ¿Y si estaba tan desesperada por creer que aún sentía algo por ella que estaba engañándose?

Becca se incorporó con un gemido de frustración y se sentó en el borde de la cama. Fue entonces cuando vio el cardenal que tenía en el muslo, y volvió a sonrojarse al recordar el apasionamiento que los había atrapado a ambos la noche anterior.

Probablemente ella también le había dejado alguna que otra marca a Trace.

Decidiendo que ya se ducharía cuando llegara a casa, recogió su ropa, que aún estaba desperdigada por el suelo, y se vistió. Mientras se calzaba, se le ocurrió que quizá podría comprarle un regalo a Megan por el nacimiento de su hija y acercarse más tarde al hospital, aunque la posibilidad de tropezarse allí con la madre de Trace no le hacía mucha gracia.

No era que Lilah Ashton la hubiese despreciado abiertamente; por el contrario, siempre se había mostrado muy educada con ella, pero Becca sabía que no había querido que se casase con Trace y eso le

había dolido tanto como que su propia madre se hubiese opuesto también a su compromiso.

Había sido tan injusto. . Habían estado muy enamorados, y ella había sido tan ingenua que había creído que con el tiempo sus padres acabarían por aceptar su relación y se alegrarían por ellos, pero no había sido eso lo que había ocurrido.

Ella no había tenido el coraje suficiente para luchar por su relación, para enfrentarse a ellos, y lo cierto era que no estaba segura de si en ese momento, cinco años después, sería capaz de hacerlo.

Con un suspiro salió del dormitorio y se dirigió a la cocina. Allí encontró a Trace buscando algo en el frigorífico. Estaba vestido sólo con unos vaqueros bastante gastados y, agachado como estaba de espaldas a ella, Becca no pudo evitar fijarse en lo bien que se ajustaban a su trasero.

¿Qué mujer no lo querría como amante?, se dijo admirando su increíble físico.

Cuando se irguió y vio los arañazos que tenía en los hombros sus mejillas se tiñeron de un intenso rubor. Parecía que sí le había dejado marcas la noche anterior. Tragó saliva y llamó con los nudillos a la puerta abierta—para que Trace advirtiera su presencia.

—Buenos días —lo saludó.

Trace se volvió con un cartón de huevos en la mano y le sonrió, haciendo que el estómago se le llenase de mariposas.

—Se suponía que no debías levantarte todavía —la reprendió.

—¿Ah, no?

—No —contestó él dejando el cartón de huevos sobre la encimera para sacar del refrigerador la mantequilla y lo que parecía una bolsa con queso cheddar rallado—.. no hasta que hubiera acabado de prepararte el desayuno.

¿Estaba haciéndole el desayuno? Becca no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. El Trace Ashton con el que se había prometido cinco años atrás no sabía ni usar un abrelatas.

—Has dado clases de cocina mientras he estado fuera o algo así?

Trace encogió un hombro, tomó un huevo y lo cascó en un cuenco de cristal.

—No, pero hago unas tortillas riquísimas.

Cascó otro huevo y maldijo entre dientes al ver que un trozo de cáscara había caído en el cuenco. Mientas lo sacaba, Becca se acercó y no pudo resistir la tentación de tocar su brazo desnudo y depositar un beso en su hombro.

—Vaya, me tienes impresionada.

—Pues eso no es nada —le contestó él volviéndose y dándole un beso largo y sensual que la dejó algo mareada—. No sólo soy el rey de las tortillas; sino que además. . tengo un batidor de varillas para batir

los huevos, como los que usan los cocineros de la tele —añadió subiendo y bajando las cejas.

Becca se rió cuando sacó el utensilio del cajón y lo agitó en el aire.

Mientras Trace hacía la tortilla se sirvió un café y se acercó a la ventana. Las vides no tenían hojas por la época del año en la que estaban, pero sin duda aquella vista debía ser preciosa durante el resto del año.

—He oído hablar mucho del nuevo Cabernet que vais a sacar al mercado —

mencionó recordando lo que le había contado Reed.

—¡Ajá, así que eres una espía! —bromeó Trace levantando las manos como si estuviese rindiéndose—. Está bien, hazme lo que consideres necesario para sacarme información; no me resistiré.

Becca puso los ojos en blanco.

—Deja de hacer el bobo —le dijo riéndose—. No, en serio, según creo tienes preocupadas a las demás bodegas del valle; están convencidas de que vais a llevaros todos los galardones este año.

—Bueno, ésa es la intención que tenemos —asintió él—. Y respecto a ese nuevo Cabernet. . Si quieres puedo organizar una cata privada para ti. ¿Qué tal desde la noche del viernes hasta el domingo?

—Una cata de tres días? —exclamó ella enarcando una ceja.

—Estamos hablando de un vino muy especial —respondió Trace con una sonrisa traviesa—; un vino único en su clase hecho con las uvas más deliciosas, con un aroma afrutado y un sabor que quita el sentido.

Era evidente que no estaba hablando del vino, y la idea le resultaba más que tentadora a Becca, pero. .

—Me temo que para entonces ya no estaré aquí.

Trace se quedó callado.

—Oh —fue todo lo que acertó a decir al cabo de un rato.

—Sí, bueno, es que ya he acabado el encargo que recibí de Whitestone —le explicó ella, intentando que su voz sonara lo más calmada posible—, y además tengo que volver a Los Ángeles.

—Ya veo —murmuró Trace. Cuando se dio la vuelta para continuar batiendo los huevos, Becca se fijó en cómo se le habían tensado de pronto los músculos de la espalda—.

¿Y qué hay del trabajo que ibas a hacer para Viñedos de Louret?

—Todavía no me han dicho si quieren que lo haga o no, pero aunque finalmente fuera así no empezaría hasta dentro de un par de meses.

Trace fue a por una sartén y la puso en el fuego.

—Yo creía que ibas a quedarte al menos hasta que pasaran las Navidades.

—Me gustaría, pero tengo un par de encargos que tengo que

terminar antes de que acabe el año —respondió ella—. Necesito el dinero para pagar las facturas —

añadió con una sonrisa que resultó un tanto forzada.

Trace puso una cucharada de mantequilla en la sartén, y el leve chisporroteo de ésta al disolverse fue lo único que rompió el silencio que se hizo entre ambos.

Becca se preguntó si le importaría lo bastante como para pedirle que se quedase, y qué respondería ella si lo hiciese.

Respondería que sí, se contestó al momento. Sin embargo el silencio se alargó, y Becca no se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento hasta que él se dio la vuelta.

—No tienes por qué marcharte —le dijo. El corazón le dio un vuelco—al oír aquellas palabras, pero no contestó nada; simplemente se quedó callada, mirándolo a los ojos.

Trace se giró de nuevo hacia la sartén.

—Quería haber hablado de esto contigo antes, pero la verdad es que no sabía cómo hacerlo —murmuró.

—¿De qué? —inquirió ella vacilante; esperanzada.

—Pues. . llevo un tiempo considerando contratar los servicios de una empresa dedicada al diseño gráfico para promocionar nuestros vinos —comenzó a explicarle él

—, pero estaba pensando que quizá podrías encargarte tú.

Becca frunció el entrecejo, segura de que no lo había oído bien.

—¿Qué?

—Eres buena en tu trabajo, Becca; muy buena. Me gustaría contratarte para que trabajaras exclusivamente para Bodegas Ashton —añadió él mientras espolvoreaba queso rallado sobre los huevos batidos que había vertido en la sartén—. Podrías establecerte aquí en el valle; abrir un estudio.

—¿Me estás diciendo que me venga a vivir aquí, a Napa?

—Sí, ésa es la idea —respondió Trace volcando la tortilla en un plato.

—¿Para trabajar para ti?

—Bueno, no para mí; para Bodegas Ashton.

Becca se quedó mirándolo, sintiéndose como si alguien hubiese reventado la burbuja de felicidad que había sentido en su pecho hacía unos momentos. Aquello no podía estar ocurriendo; otra vez no. . Trace no podía estar haciéndole aquello. .

—Tendré que pensarlo —le dijo con aspereza.

Trace se volvió con el plato en las manos y le mostró su creación, pero Becca tenía un nudo en la garganta y dudaba que pudiese probar bocado en ese momento.

—Cómetela tú —le dijo—; tengo que irme.

Trace frunció el entrecejo.

—¿Por qué?, ¿qué ocurre?

—Tengo una reunión de trabajo y ya llego tarde. Lo siento, de verdad, pero tengo que irme.

—Becca. .

—Te llamaré luego —lo interrumpió ella.

Salió de la cocina, tomó las llaves de su coche de la mesita del pasillo, donde Trace las había dejado la noche anterior, y bajó a toda prisa las escaleras.

—Becca, espera un minuto, maldita sea —la llamó él, yendo tras ella.

Becca no se detuvo y no le contestó, sino que salió de la mansión, se metió en el coche y se alejó de allí con la vista nublada por las lágrimas.

¿Qué diablos había hecho para molestarla tanto?, se preguntó Trace irritado mientras veía alejarse el coche de Becca. Le había ofrecido un empleo, ¿y qué? Cinco años atrás no había tenido ningún problema en aceptar el cheque que su padre le había extendido para que se alejase de él, así que. . ¿a qué venía que se mostrase tan ofendida por que le hubiese ofrecido un empleo?

En cualquier caso no podía negar que la expresión de estupor y dolor que había visto en su rostro habían sido para él como un puñetazo en el estómago. Era evidente que la había herido.

Confuso, se pasó una mano por el rostro. De acuerdo, quizá no había tenido demasiado tacto; o quizá debía haberse parado a pensar un poco antes de hacerle aquella oferta. En realidad no era cierto que llevase tiempo planteándose contratarla; sencillamente lo había invadido el pánico cuando le había dicho que iba a volver a Los Ángeles. Ofrecerle un empleo para que se quedase allí, en Napa, era lo único que se le había ocurrido en ese momento. Así podría pagar sus facturas y no estaría tan condenadamente lejos de él.

Sin embargo había habido algo más en su mirada que le había hecho sentirse fatal. ¿Decepción?

Diablos. Diablos. Volvió dentro y cerró de un portazo. Había sido ella quien lo había decepcionado a él cinco años atrás, quien había aceptado el dinero de su padre, quien se había marchado sin volver la vista atrás.

Todavía tenía ese cheque firmado por ella. Lo necesitaba; necesitaba mirarlo y recordarse a sí mismo que el dinero y su carrera habían sido para ella más importantes que él.

Subió a su estudio, sacó el cheque del último cajón del escritorio, y lo sostuvo ceñudo entre sus manos.

Becca Marshall. Cien mil dólares. Y allí estaba su firma, con esa escritura clara y sencilla, y esa línea envolvente que salía de la ele final.

Allí había algo que no encajaba, pero no sabía qué era, pensó de repente. Sin embargo, después de lo que había ocurrido no podía ir a ver a Becca y preguntarle por ello como si tal cosa.

Únicamente había una persona que podía aclarar la situación. Se acercó al teléfono, levantó el auricular y se dispuso a marcar.

Capítulo Nueve

Becca no se dirigió a casa, como había pensado en un principio, sino que aparcó en la cima de una colina desde la cual se divisaba un mar de viñedos hasta donde alcanzaba la vista.

Había descubierto aquel lugar hacía años, antes de marcharse a Los Ángeles, y en los días despejados como aquél era el sueño de cualquier fotógrafo.

En una ocasión había llevado a Trace allí porque quería compartir con él aquel pedacito de cielo, y él la había picado diciéndole que parecía una niña que hubiese descubierto un tesoro por cómo le brillaban los ojos. Quizá había tenido razón al decirle aquello; quizá siempre había pecado de ingenua. De hecho, a veces pensaba que se había engañado, porque desde un principio había sabido quién era la familia de Trace, había oído los rumores que decían que Spencer Ashton era un hombre sin corazón que sería capaz de vender a su madre por un par de dólares.

Entonces no había querido creer todo aquello. Se le antojaba imposible que un hombre así pudiese haber criado a un hijo pan bueno y cariñoso como Trace.

Tenía que haber algo de bueno en él, se había dicho. ¡Qué equivocada había estado. .! Nunca olvidaría el día en que Spencer le había tendido aquel cheque. Ella se había quedado aturdida, mirando el trozo de papel sin entender qué estaba ocurriendo.

Luego, al comprender lo que pretendía se había puesto furiosa. Spencer Ashton había destrozado su vida aquel día; le había arrebatado algo precioso que ya nadie le devolvería: la confianza.

Sin embargo, a pesar de todo, siempre se había negado a pensar que Trace pudiera ser como su padre. ¿Cómo si no podría haberse enamorado de él?

Cinco años después había vuelto a abrirle su corazón como una tonta, a ponérselo en bandeja de plata; se había vuelto a enamorar.

Y esa mañana, igual que había hecho su padre, Trace había intentado comprarla.

Un dolor punzante se había instalado en su pecho. Le costaba respirar y era como si un frío gélido hubiese invadido su alma.

Ni siquiera había sido muy sutil, pensó descorazonada. Se había creído que podía

«alquilarla» como si fuese una prostituta, hacer que se trasladase a Napa para que fuese con él a un chasquido de sus dedos para darse un revolcón.

Apretó el volante entre las manos. Aquel Trace era un hombre al que no conocía; un hombre al que no quería conocer.

Y aun así. . lo amaba. ¿Cómo podía ser tan idiota?

Cuando las lágrimas acudieron a sus ojos no intentó reprimirlas. ¿De qué serviría? Antes o después volverían a aflorar a sus ojos, así que quizá lo mejor sería que se desahogase cuanto antes.

Aquella vez no iba a huir, se dijo apretando los dientes. Esa vez le plantaría cara, lo miraría a los ojos y le diría exactamente lo que pensaba.

Trace llamó a la puerta de Elaine Marshall con los nudillos primero y luego apretó dos veces el timbre. Apenas eran las nueve de la mañana y sabía que la madre de Becca debía estar durmiendo, pero le daba igual.

Cuando finalmente se abrió la puerta Elaine apareció ante él en bata. Se pasó una mano por el despeinado cabello y lo miró con el ceño fruncido.

—Becca no está aquí —le dijo con aspereza.

—No he venido a ver a Becca, señora Marshall —le respondió él—. He venido a hablar con usted.

—¿Conmigo? —dijo Elaine frunciendo el ceño de nuevo. De pronto abrió mucho los ojos, como preocupada—. ¿Le ha ocurrido algo a Becca?

—No; está bien —contestó él. Al menos esperaba que así fuera. No podía apartar de su mente la expresión dolida que había visto en sus ojos antes de que se marchase

—. Necesito hablar con usted.

Elaine Marshall sacudió la cabeza.

—Lo siento, Trace, pero éste no es un buen momento.

Iba a cerrar la puerta pero él puso la mano en el pomo para impedírselo, y luego se sacó el cheque del bolsillo.

—Dudo que ningún momento sea bueno para hablar de esto; pero tenemos que hacerlo.

Elaine volvió a abrir mucho los ojos y apretó los labios, pero finalmente asintió con la cabeza y se hizo a un lado para que pasara.

—¿Por qué no vamos a la cocina? —le sugirió.

Trace la siguió hasta allí.

—Acabo de hablar con mi madre —le dijo cuando la madre de Becca se hubo sentado—; sé cuál es la verdad.

—De eso hace ya cinco años, Trace. Deberías intentar olvidarlo.

—¿Que lo olvide? —repitió Trace, sintiendo cómo la ira se apoderaba de él.

Todavía estaba intentando digerir lo que le había contado su madre. . ¿y aquella mujer estaba diciéndole que intentase olvidarlo?

—Ni hablar.

—Tú no lo entiendes, Trace —murmuró Elaine llevándose las manos a las sienes y cerrando los ojos—. Hasta que no seas padre no comprenderás lo que es querer proteger a un hijo.

—¿Llamas «proteger» a lo que hicieron mi padre y mi madre; a lo que hiciste tú?

—le espetó él—. Mi padre le ofreció dinero a Becca, nos engañasteis. . ¡intentasteis manipularnos! ¿Cómo puedes decir que eso es proteger a alguien a quien dices que quieres?

—No te atrevas a cuestionar el amor que siento por mi hija —masculló Elaine—.

Erais muy jóvenes; pertenecíais a mundos distintos; estabais viviendo una fantasía. .

En cuanto te hubieses cansado de ella se habría acabado todo. No, no me arrepiento de lo que hice, y volvería a hacerlo sin pensármelo dos veces.

—¿Qué es lo que volverías a hacer, mamá?

Trace se volvió al oír la voz de Becca detrás de él. Luego miró a Elaine, que se había puesto pálida. Agarrando con una mano las solapas de su bata esbozó una sonrisa forzada.

—Becca, cariño, ya has vuelto. . Trace y yo estábamos preocupados por ti.

Becca mantuvo la vista fija en su madre.

—¿Qué es lo que hiciste?; ¿qué es lo que volverías a hacer?

—No creo que sea un buen momento para hablar de esto —murmuró Elaine con un tono próximo al pánico en su voz—. Deberíamos esperar; calmarnos un poco.

—Ya hemos esperado bastante —masculló Trace poniendo el cheque sobre la mesa de la cocina—. Dígaselo ahora.

Becca se puso lívida al ver el cheque.

—¿De dónde has sacado eso?

—Mi padre me lo dio hace cinco años.

—¿Tu padre. . te lo dio?

Trace asintió con la cabeza.

—El día que te marchaste.

—Entonces tú. . ¿sabías lo que había hecho? —musitó ella en un hilo de voz—. ¿Lo sabías?

Durante días, semanas después de llegar a Italia, había estado esperándolo, recordó. En multitud de ocasiones le había parecido verlo entre la gente en una plaza, o sentado en un restaurante, y cada vez que sonaba el teléfono el pulso se le había acelerado creyendo que pudiera haber ido tras ella.

Alzó los ojos hacia él, esperando una respuesta, y se encontró con que Trace tenía la vista fija en su madre.

—Dígaselo —masculló entre dientes.

—¿Decirme qué? —inquirió Becca angustiada—. Mamá, ¿qué es lo que hiciste?

Al ver a Elaine apartar el rostro avergonzada, Trace le dio la vuelta

al cheque.

Becca se acercó y vio la firma en el dorso; su firma. .

—Pero yo. . yo no lo firmé. . —murmuró frunciendo el entrecejo antes de mirar de nuevo a Trace—. No lo comprendo.

—Ahora ya lo sé —le respondió él en un tono quedo—. Se lo tiraste a mi padre a la cara, y volviste a casa y le dijiste a tu madre lo que había hecho.

Becca tragó saliva y asintió.

—Llegué a casa llorando. Debería haber acudido a ti —le dijo a Trace sacudiendo la cabeza—, pero no quería causarte más problemas, y necesitaba desahogarme, así que se lo conté todo a mi madre.

—Trace, por amor de Dios, ¿no ves que le estás haciendo daño? —le espetó Elaine yendo junto a su hija—. Becca, cariño, estás cansada; descansa un rato y luego. .

—¡No! —le gritó Becca apartándose de ella—. Dime qué fue lo que hiciste.

Elaine crispó el rostro. Se llevó una mano al pecho y en una voz casi inaudible dijo:

—Fui a ver a Spencer.

Becca la miró totalmente confusa.

—Fuiste a ver al padre de Trace?

Su madre asintió.

—Cobré el cheque y lo ingresé en una cuenta que había abierto para ti cuando eras pequeña.

Aquella confesión fue como una bofetada para Becca.

—¿Quieres decir. . quieres decir que lo firmaste con mi nombre?

Elaine volvió a contraer el rostro y asintió de nuevo.

—Sí.

Los recuerdos de aquel horrible día regresaron en tropel a la mente de Becca: Spencer ofreciéndole el dinero, su madre abrazándola en aquella misma cocina, diciéndole que Trace no la merecía, que su familia nunca dejaría que estuviesen juntos. .

—Entonces. . cuando me aconsejaste que me marchara a Europa para olvidarme de Trace. . cuando me dijiste que ibas a pagarme los estudios con un dinero que la abuela me había dejado. .

—Lo siento, cariño —murmuró su madre—; te mentí.

«Oh, Dios». Becca cerró los ojos con fuerza.

—¿Cómo pudiste?

—Porque estaba de acuerdo con Spencer —le dijo su madre alzando la barbilla—.

Trace y tú pertenecíais a dos mundos muy distintos, Becca. Quizá hubieseis sido felices durante unos meses, pero sabía que luego habrías sufrido.

—¿Que luego habría sufrido? —repitió Becca mirándola con

incredulidad—.

Madre, ¿qué estás diciendo?

—Todo el mundo sabía la clase de hombre que era Spencer —le contestó Elaine con desdén—. ¿Por qué habría su hijo de ser distinto de él? No te merecía.

—Trace me amaba —le dijo Becca dolida—. Y yo lo amaba a él.

—Amor. . —masculló su madre, casi escupiendo la palabra—. Créeme, cariño, el amor no existe. Te había deslumbrado, te sentías atraída hacia él, pero sólo era cuestión de tiempo que te rompiera el corazón y machacara tu autoestima.

—Fue eso lo que te hizo mi padre? —inquirió Becca quedamente.

—Tu padre no tiene nada que ver con esto —dijo Elaine apartando la vista.

—Yo creo que sí, madre —replicó Becca—. A mí me parece que tiene mucho que ver con esto.

Elaine volvió a mirar a su hija, los ojos se le llenaron de lágrimas y de pronto dejó caer la cabeza, hundiendo el rostro entre las manos y prorrumpiendo en amargos sollozos.

—Le di todo lo que tenía. Me entregué a él en cuerpo y alma, pero cuando descubrió que estaba embarazada se fugó con mi prima.

Una parte de Becca quería abrazar a su madre, consolarla, pero otra, la parte de ella que se sentía herida en lo más hondo en ese momento, no le dejó hacerlo.

Su madre se puso de pie y avanzó hacia ella temblorosa.

—Cariño. . —murmuró tomando su rostro entre ambas manos—.. yo acepté ese dinero por ti. . Quería que pudieras tener las oportunidades que yo no tuve; sólo quería lo mejor para ti.

Becca sacudió la cabeza y apartó las manos de su madre.

—No tenías derecho.

—Lo sé —sollozó Elaine con las lágrimas rodándole por las mejillas —. Lo sé. . y lo siento tanto. .

Becca tragó saliva.

—Voy a salir fuera a hablar con Trace —le dijo—, y te agradecería que no te interpusieras y nos dejases a solas.

Elaine asintió y se volvió hacia Trace.

—Lo. . lo siento.

El rostro de él estaba tenso pero no dijo nada. Simplemente se giró sobre los talones y siguió fuera a Becca.

La joven se sentó en los escalones del porche, y él se sentó a su lado.

—Creíste que había aceptado ese dinero —murmuró Becca al cabo de un largo silencio.

—Pensé que la firma era tuya —respondió él.

—Y pensaste que había aceptado el dinero —repitió ella.

—Sí.

Becca había creído que no podía sentir más dolor, pero el saber que Trace había creído que se había dejado comprar por su padre la hirió más aún.

—Y yo me preguntaba por qué nunca fuiste tras de mí —murmuró —; por qué nunca fuiste a Italia a buscarme.

Trace se agachó, tomó un guijarro del suelo y lo hizo rodar por la palma de su mano.

—Yo me pregunté durante mucho tiempo por qué te fuiste dejándome sólo una nota, por qué no pudiste venir y decírmelo a la cara; decirme al menos adiós.

—Porque tenía miedo —respondió ella.

—¿De mí?

—De todo —replicó ella. Dios, estaba tan cansada. Cada palabra que pronunciaba le costaba un esfuerzo tremendo—. De tu padre, de vuestro dinero, de ser distinta de vosotros, de que un día me dejaras. . No podía ir y decirte lo que tu padre había intentado hacer porque eso te habría enfrentado con él; habría sido la fuente de más problemas, de más dolor. ¿Cómo podíamos ser felices con nuestros padres en contra nuestra? —inspiró profundamente—. Por eso me marché.

—Y por eso no has vuelto hasta ahora.

—Dos meses después de marcharme vi una foto tuya en una revista del corazón.

Era una fiesta benéfica contra el cáncer, creo, y salías con una rubia despampanante.

El texto que acompañaba a las fotografías decía que os habíais prometido, así que pensé que habías rehecho tu vida, que quizá nuestros padres habían estado en lo cierto respecto a que nuestro amor era sólo un capricho.

Trace sacudió la cabeza y suspiró.

—Mi madre fue la artífice de esa cita y de ese artículo.

Becca se quedó callada un momento.

—Me ha costado cinco años reunir el valor suficiente para volver aquí —le dijo finalmente—. Estaba convencida de que había logrado pasar página, que mis sentimientos por ti eran cosa del pasado, pero ese día que nos tropezamos en la calle supe que no era así.

—Becca, respecto a lo de esta mañana. .

—Ya no importa —lo cortó ella poniéndose de pie—. Estaba engañándome a mí misma pensando que quizá podríamos tener otra oportunidad, pero a pesar de que han pasado cinco años está visto que hay cosas que no cambian. Parece que no estamos predestinados a estar juntos.

—No digas eso; hablaremos de ello, hallaremos la manera de arreglarlo.

Extendió una mano hacia ella, pero Becca retrocedió y sacudió la cabeza.

—Probablemente me llevará algún tiempo reunirlo, pero le devolveré a tu familia hasta el último centavo del dinero que mi madre aceptó al firmar ese cheque.

Trace apretó la mandíbula y sus ojos relampaguearon.

—Maldita sea, Becca, no se trata del dinero.

Becca retrocedió de nuevo, hacia la puerta de la casa, rogando que las rodillas no le cedieran antes de que volviera a estar dentro. Sin saber cómo, halló en su interior la fuerza que cinco años atrás no había tenido, y le dijo:

—Adiós, Trace.

Una vez dentro cerró suavemente y apoyó la frente contra la fría madera. Al cabo de un rato oyó el motor del vehículo de Trace, lo oyó alejarse, y cayó de rodillas al suelo, llorando amargamente.

Capítulo Diez

Sentado frente al ordenador, en su despacho, Trace no estaba sacando ningún trabajo adelante. Cada vez se sentía más irritado y más lleno de frustración.

Becca había vuelto a Los Ángeles hacía ya casi una semana, y aunque cada día desde su marcha había estado a punto de llamarla, siempre había acabado colgando el teléfono antes siquiera de marcar.

¿Qué podía decirle? «¿Siento lo que hice; siento haber intentado comprarte como hizo mi padre?»

Había sido un idiota. Había sido un egoísta, pensando sólo en sí mismo, en que no quería perderla, y lo había fastidiado todo. Quizá fuera mejor que se hubiera ido; así al menos no le haría más daño del que ya le había hecho.

¿Cómo podía haber creído que había aceptado el dinero que le había ofrecido su padre? Becca nunca había ido detrás de su dinero, ni del apellido de su familia. Al contrario; en cierto modo incluso le había incomodado.

¿Por qué?, ¿por qué no había confiado en ella? ¿Por qué había sido tan estúpido como para creer que lo había traicionado cuando en su corazón debería haber sabido que nunca habría sido capaz de hacer algo semejante?

Elaine tenía mucha razón cuando había dicho que no se merecía a su hija. Sí, Becca estaría mejor sin él.

Cuando llegó a la cabaña en el linde Este de la finca Las Viñas, donde su hermana le había dicho que vivían Anna Sheridan y el pequeño Jack, Trace detuvo el todoterreno y apagó el motor.

Su mano permaneció un momento sobre el contacto, tentado de volver a girar la llave, poner el vehículo en marcha y volver por donde había ido, pero ya le había avisado a Anna que iba a visitarlos, y sin duda lo habría oído llegar.

Tomó una caja envuelta en brillante papel de colores que había puesto en el asiento del acompañante, y se bajó del todoterreno.

Alzó la vista hacia el cielo. Había algunos nubarrones grises que ocultaban el sol, pero no parecía que fuese a llover.

El olor a pino y la corona de muérdago que había colgada en la puerta le recordaron que sólo faltaban dos días para Nochebuena.

Él desde luego no tenía muchas ganas de celebraciones, y estaba deseando que pasaran esos días y llegara el nuevo año.

Dentro de la vivienda oyó las risas de un niño y los ladridos de un perro. Se quedó escuchando, y frunció el entrecejo al oír un golpe seco y luego una voz femenina quejándose, como desesperada. Llamó a la puerta, y preocupado al ver que no abrían, volvió a llamar.

Iba a llamar una tercera vez cuando la puerta se abrió y se

encontró a Anna ante él cubierta completamente de lo que parecía harina: el cabello pelirrojo, la blusa de seda verde, y los pantalones negros.

—Disculpa mi aspecto —le dijo azorada—. Es que acabamos de tener un pequeño. . accidente en la cocina.

Al oír detrás de ella nuevas risas infantiles y más ladridos, Anna se volvió y salió corriendo.

Trace, que no estaba muy seguro de qué debía hacer, pasó dentro, cerró tras de sí y miró en derredor.

La cabaña tenía un aire muy acogedor. Los muebles del pequeño salón eran de un estilo rústico, y el sofá estaba cubierto con una bonita manta que parecía hecha a mano.

En un rincón había un árbol de Navidad decorado con todo tipo de figuritas, bolas, guirnaldas, y una brillante estrella coronando la copa.

Trace dejó el regalo que había llevado sobre., la mesita frente al sofá, y se guió por la voz de Anna, las risitas de niño y los ladridos para llegar a la cocina.

Cuando entró se encontró con que un perrito negro cubierto de harina corría en círculos sin parar, perseguido por Anna, y que un niño también cubierto de harina, reía mientras observaba divertido la escena.

—¡Cabo, no, para! —le decía Anna desesperada al cachorrito, intentando atraparlo.

El animal, sin embargo, probablemente creía que aquello era un juego y era demasiado rápido y escurridizo para ella.

Trace se acercó y tras agarrarlo por el collar lo levantó en el aire, sujetándolo con firmeza cuando el animalillo se retorció, intentando liberarse.

—Gracias —dijo Anna tomando al cachorro. Se volvió para mirar al pequeño, que estaba sentado en el suelo, y dejó escapar un gemido de frustración—. Oh, Jack, mira cómo te has puesto. .

—¡Mamá, mamá, nieve! —exclamó el niño tomando puñados de harina del suelo y lanzándolos al aire—. ¡Es nieve!

Los rizos pelirrojos del pequeño, al igual que su carita redonda y los pantalones vaqueros de tirantes que llevaba puestos estaban manchados del blanco polvo.

Anna dejó al perrito en el suelo, lo miró muy severa y, levantando el dedo índice, le dijo:

—Cabo, siéntate y no te muevas.

Luego levantó al chiquillo del suelo y se volvió hacia Trace.

—Perdona, esto está hecho un desastre —se excusó—. Estaba echando harina en un recipiente cuando entraron Cabo y Jack corriendo y. . en fin. .

—No pasa nada; tranquila —replicó Trace. —Grant me ha pedido

que le disculparas por no poder estar aquí —le dijo Anna mientras sacudía con un paño de cocina la harina del pelo y la ropa del pequeño—. Se ha roto una tubería de la casa que hemos comprado y está allí con el fontanero. Parece que es uno de esos días en que pasa todo a la vez.

Trace se sintió en cierto modo aliviado de que su hermanastro no estuviese allí.

La relación que su familia había tenido con él desde que llegara a Napa había sido más bien tensa; sobre todo porque la policía había creído que era culpable del homicidio de su padre, y aunque aquello se había aclarado y su hermana Paige le había dicho que era un buen hombre, prefería ir poco a poco. Haber ido a conocer al pequeño Jack, al hijo del último romance de su padre y por tanto hermanastro suyo también, se le hacía ya bastante raro.

Anna se irguió y giró al niño hacia Trace.

—Jack, éste es Trace. Dile hola, anda.

El crío se llevó una mano regordeta a la boca y sonrió.

—Hola, Trace.

—Hola, Jack —contestó él.

—Éste es mi perrito Cabo —le dijo el niño señalando al cachorro —. Me lo ha regalado Eli.

—Razón por la cual es probable que nunca en mi vida vuelva a dirigirle la palabra

—gruñó Anna asiendo el collar del animal—. Voy a sacarlo fuera un momento para cepillarlo —le dijo a Trace—. Jack, ¿por qué no le enseñas a Trace tu tren eléctrico?

La carita del niño se iluminó. Agarró la mano de Trace y lo llevó al salón mientras Anna salía fuera con el cachorro por la puerta de atrás.

Una vez allí, lo condujo hasta el rincón donde estaba el árbol de Navidad, y entonces se fijó Trace en que, rodeando la base, habían colocado unos raíles de juguete sobre los que había un tren en miniatura con seis vagones.

Jack se sentó en el suelo y dio una palmada a su lado.

—«Séntate» aquí —le dijo.

Trace obedeció, sintiéndose como un gigante al sentarse junto al crío y observó impresionado lo bien que manejaba los controles del tren eléctrico para lo pequeño que era.

—¡Soy el conductor! —exclamó mirándolo y riéndose.

Trace sonrió al ver cómo le brillaban los ojos al chiquillo. Cada vez que se había imaginado a sí mismo teniendo un hijo algún día se había dicho que le compraría uno de esos trenes eléctricos por Navidad, y que le enseñaría a montar las vías y a manejarlo.

En ese futuro imaginario su hijo tenía ojos de color miel, como los de Becca, y también había imaginado que tendrían una hija con la

nariz y la boca de ella. Se sentarían todos en torno al árbol de Navidad, tomarían chocolate caliente, cantarían villancicos, y le pondrían galletas a Santa Klaus y zanahorias a los renos antes de irse a dormir.

En ese futuro imaginario besaría a Becca bajo una ramita de muérdago, y luego le haría el amor cuando los niños se hubiesen dormido.

La manita de Jack tirándole de la manga lo sacó de sus pensamientos. Bajó la vista hacia él.

—«¿Queres» conducir tú? —le preguntó tendiéndole el mando—. Mi mamá dice que tengo que compartir.

—De acuerdo, pero tendrás que enseñarme cómo se hace —le dijo Trace divertido.

—Aprietas aquí, y con esto lo mueves —le explicó el niño muy orgulloso, mientras apretaba un botón y empujaba una palanca para mostrárselo—. Ahora tú.

Trace tomó el mando y cuando hizo que el tren se moviera el niño prorrumpió en risas y aplausos.

—¿Ves? Es muy fácil.

La sonrisa en el rostro del niño y el brillo en sus ojos hizo que el corazón de Trace se enterneciera.

Mientras el tren daba vueltas en torno al árbol, el chiquillo le habló con su lengua de trapo de Santa Klaus, de los renos mágicos que volaban, de su perrito, y de un sinfín de cosas más. El entusiasmo de Jack era contagioso, y Trace se sorprendió a sí mismo sonriendo.

En ese momento llamaron a la puerta, y Trace oyó a Anna decirle desde la parte trasera de la casa entre los ladridos del cachorro:

—Trace, ¿puedes abrir? Entraré en un minuto.

Estaba visto que había mucha actividad en aquella casa, pensó Trace levantándose.

—Vuelvo enseguida —le dijo al niño devolviéndole el mando—. Conduce tú un rato por mí, ¿de acuerdo?

Le revolvió el cabello rizado, se dirigió al vestíbulo, y cuando abrió la puerta se quedó de piedra. Eli. .

Durante un buen rato se miraron el uno al otro en un tenso silencio.

—Venía a ver a Jack, pero ya vendré en otro momento —masculló Eli.

—¡El¡, Eli!

Al oír la voz del pequeño una amplia sonrisa asomó a los labios de Eli, que lo alzó en sus brazos cuando llegó corriendo a su lado y le dio un abrazo.

—¿Qué pasa, campeón?

—Trace y yo estábamos jugando con el tren —le dijo—. Ven a

jugar con nosotros.

El¡ se puso serio y lo dejó otra vez en el suelo.

—Ahora no puedo —le dijo—; quizá más tarde.

—Pero tienes que jugar —le insistió el niño tirándole de la mano.

—No puedo, Jack —le repitió El¡—. Lo siento, de verdad. En otro momento.

El niño lo miró mohíno y volvió al salón cabizbajo.

Cuando Trace y Eli se quedaron a solas volvió a hacerse un silencio incómodo.

—Bueno, pues me marcho —murmuró Eli—. Dile a Anna que volveré luego.

—¿Por qué no pasas aunque sólo sea un rato? —le dijo Trace—; Jack parecía muy decepcionado de que no pudieras quedarte a jugar.

Eli vaciló un instante, pero finalmente entró en la vivienda.

—He. . he oído que Megan dio a luz la semana pasada —murmuró —. ¿Cómo están ella y el bebé?

Trace esbozó una sonrisa.

—Bien; bien. Y yo he oído que Lara y tú os habéis casado. Felicidades.

—Gracias.

—Jack dice que le has regalado un cachorrito.

—Sí, bueno, Anna no está muy contenta —admitió Eli frotándose la nuca.

—Pues espera a que vea lo que le he comprado yo —dijo Trace señalándole su regalo cuando pasaron al salón.

—¿Qué es?

—Un tambor.

Eli se echó a reír.

—Dios, eres hombre muerto. Trace se rió también.

Resultaba extraño estar teniendo una conversación civilizada con El¡, pensó.

Aunque eran hijos del mismo padre nunca lo había considerado como un hermano.

Quizá fuese ya hora de cambiar eso, se dijo. Quizá fuese ya hora de cambiar un montón de cosas.

La escena no podía ser más romántica. Velas, dos copas llenas de burbujeante champán, panecitos con caviar, y una rosa de un rojo intenso sobre el mantel blanco que evocaba imágenes de pasión y deseo.

Lástima que sólo fuese una composición para un anuncio de caviar, se dijo Becca.

Tomó unas cuantas fotografías más y se irguió, apoyándose las manos en las lumbares. Se notaba los músculos entumecidos por el largo día de trabajo, así que movió la cabeza hacia un lado y luego

hacia el otro, pero aquello no logró disipar la tensión acumulada en el cuello y los hombros.

Durante toda la semana anterior había pasado más tiempo en el pequeño estudio que en casa con la esperanza de que el trabajo la ayudaría a no pensar en Trace, pero no había sido así.

En cualquier caso, al menos la había mantenido ocupada en vez de acurrucarse en un rincón a llorar.

Apagó los focos, se sentó a horcajadas en una silla, apoyó los antebrazos sobre respaldo, y la barbilla sobre ellos.

Únicamente el tictac de las agujas de su reloj de pulsera rompía el silencio.

Sabía que debían ser más de las siete, pero le daba igual. No tenía que ir a ningún sitio; aunque fuese Nochebuena.

Miró las velas y las copas de champán, y recordó la botella que Trace y ella habían abierto la noche en que la hija de Megan había nacido.

Aquélla sería una noche que jamás olvidaría. Cada beso, cada caricia, cada susurro habían quedado grabados a fuego en su mente. . igual que la imagen de su firma falsificada en aquel odioso cheque; igual que el hecho de que Trace había creído que había aceptado el dinero de su padre.

Las dos personas a las que más había querido la habían herido y no estaba segura de que las heridas fuesen a cicatrizar jamás.

No, el dolor desaparecería algún día, se dijo intentando convencerse. Tenía que seguir con su vida.

Trace le había roto el corazón, pero era fuerte, no débil y quebradiza, y saldría adelante.

Aunque aún estaba enfadada con su madre, Becca también se sentía mal por ella; sabía que había sido el rencor hacia su padre lo que la había hecho actuar como lo había hecho, creyendo erróneamente que con ello estaba protegiéndola.

Era una lástima que ese rencor le hubiese hecho cerrar las puertas de su corazón a la posibilidad de volver a enamorarse.

En ese momento llamaron a la puerta y el ruido la sobresaltó. No estaba esperando a nadie; ¿quién podía ser?

Con el entrecejo fruncido fue hasta la puerta y al mirar por la mirilla emitió un gemido ahogado al ver quién era.

—No contestabas al teléfono —le dijo su madre cuando le abrió.

—Has venido en coche hasta aquí desde Napa sólo para decirme eso? —le dijo Becca.

A pesar de todo lo que había pasado era Navidad, y se alegraba de ver a su madre. Quizá ése fuese el primer paso para que se reconciliasen.

—¿Qué manera es ésa de hablarme, niña? —la reprendió su madre

con una media sonrisa—. Por supuesto que no he venido hasta aquí sólo para decirte eso; he venido para decirte que te quiero.

—Yo también te quiero, mamá.

Los ojos de Elaine Marshall se llenaron de lágrimas.

—Y además no he venido en coche; sino en avión —le dijo.

—¿En avión? —repitió Becca sorprendida—. El día de Nochebuena era casi imposible hacerse con un billete para ningún vuelo—. ¿Cómo lo has conseguido?

—He venido en un jet privado —dijo su madre haciéndose a un lado—.. en el jet de Lilah.

Becca abrió los ojos como platos al ver aparecer a la madre de Trace detrás de la suya. El corazón le dio un vuelco y al darse cuenta de que tenía la boca abierta se apresuró a cerrarla.

—Hola, Becca.

—Señora Ashton? Yo. . no comprendo —acertó a decir la joven finalmente.

Las dos mujeres se sonrieron la una a la otra, pero fue Lilah quien habló:

—Lo que mi marido Spencer y yo te hicimos hace cinco años fue imperdonable —

le dijo en un tono quedo—. He venido a pedirte perdón.

—Y yo también —añadió su madre mordiéndose el labio inferior —. ¿Podrás perdonarnos, cariño?

Becca no podía creer que aquello estuviese pasando de verdad. ¿Su madre había ido allí con Lilah Ashton para pedirle perdón? Miró a una y luego a la otra, y vio un arrepentimiento sincero en el rostro de ambas.

Había perdido cinco años preciosos con Trace por culpa de aquello; ¿podía perdonarlas de corazón y olvidar?, se preguntó.

Durante un buen rato ninguna de las tres se movió; ninguna dijo nada, y entonces Becca asintió con la cabeza y les abrió los brazos.

Las dos mujeres se abrazaron a ella y las tres lloraron. Se pasaron pañuelos, lloraron un poco más y se abrazaron.

Becca tenía el corazón hecho añicos, pero en ese momento se sentía como si se hubiese quitado un gran peso de encima.

Estaban aún secándose las lágrimas cuando Becca se dio cuenta de lo descortés que era tener a su madre y a Lilah en la puerta.

—Pasad —les dijo haciéndose a un lado—. Tengo una botella de champán; o si lo preferís puedo hacer un poco de café.

—No podemos quedarnos, cariño —le dijo su madre sonriendo—. Stephen y Lilah van a llevarme a cenar con ellos. Stephen tiene un amigo aquí en Los Ángeles, un viudo como él, y hemos quedado con ellos en un restaurante del centro.

—¿Tienes. . una cita? —balbució Becca, percatándose en ese

momento de que su madre llevaba un elegante vestido negro debajo del abrigo y que Lilah también llevaba atuendo de fiesta.

Las cosas estaban poniéndose cada vez más raras, pensó Becca, que no salía de su asombro.

«¿Y qué pasa conmigo?», quería decir. ¡Por amor de Dios, era Nochebuena! ¿Iban a dejarla sola en Nochebuena para irse a cenar las dos?

—Mañana nos vemos, cariño —le dijo su madre besándola en la mejilla—. Llámame al hotel Bonadventure cuando te levantes.

¿Al hotel Bonadventure? Becca se quedó allí plantada, completamente aturdida, cuando su madre y Lilah salieron cerrando detrás de ellas.

Sacudió la cabeza, incrédula, intentando poner en orden sus pensamientos.

Ninguna de las dos había mencionado a Trace. ¿Sabría él que habían ido allí a verla?, se preguntó.

Unos golpes en la puerta la devolvieron al mundo real. Quizá sólo hubiesen estado bromeando con eso de que se iban a cenar e iban a dejarla sola, pensó. Entonces abrió la puerta, y su corazón se detuvo.

Trace estaba allí de pie, con las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero.

Bueno, ya tenía su respuesta; era indudable que sabía que sus madres habían ido allí.

Quizá incluso se habían puesto los tres de acuerdo para ir esa noche a verla.

Se quedó mirándolo, debatiéndose entre lanzarse a sus brazos o echarlo con cajas destempladas, pero no hizo ninguna de las dos cosas.

—¿Puedo pasar? —inquirió.

—¿Y si te digo que no?

—Entonces esperaré aquí toda la noche si hace falta.

La idea de hacerlo esperar varias horas en el pasillo se le antojaba bastante tentadora, pero finalmente se apartó y cerró cuando hubo pasado dentro.

Trace posó la vista en la mesa con las copas y el caviar.

—¿Estabas trabajando?

—No, estaba tomando un aperitivo —masculló ella. No había pretendido ser sarcástica, pero las palabras habían salido su boca antes de que pudiese morderse la lengua. Se cruzó de brazos y exhaló un suspiro cansado—. Sí, estaba trabajando. .

hasta que aparecieron nuestras madres.

Trace se sintió animado por el hecho de que al menos Becca no estuviese gritándole. . aunque se lo merecía.

—¿Y qué tal ha ido?

—Me han pedido perdón —respondió ella en un tono más suave.

—¿Y?

—Las he perdonado.

—Me alegro —murmuró él dando un paso hacia ella—. ¿Y qué hay de mí?

Becca se volvió hacia la mesa y jugueteó nerviosa con un pico del mantel pero no respondió.

Trace avanzó otro paso hacia ella, y la joven contuvo el aliento.

—Perdóname, por favor —le dijo Trace—. Sé que he sido un idiota; que me comporté como un idiota hace cinco años y que el otro día volví a hacerlo, pero estoy intentando ponerle remedio.

Le pareció verla sonreír cuando dijo eso, pero Becca tenía el rostro vuelto hacia la mesa y no estaba seguro de que no hubiese sido una ilusión.

—Becca —le dijo poniéndole las manos en los hombros para girarla luego hacia él

—. Estoy avergonzado por lo que hizo mi padre, pero más aún por lo que hice yo, por no haber confiado en ti, por no haber ido tras de ti cuando te marchaste. Quería hacerlo, pensaba todos los días en hacerlo, pero mi estúpido orgullo me lo impedía.

—La culpa no es toda tuya —admitió ella—. Yo debería haberte dicho la verdad. Y

el pensar en lo que hizo mi madre. . —murmuró cerrando los ojos —, el pensar que aceptó ese dinero, el pensar que me mintió. .

—Lo que hizo no estuvo bien, pero lo hizo porque te quiere —le dijo Trace con ternura—; eso no la disculpa, pero tenía razón cuando te dijo que yo no te merecía. Me temo que sigo sin merecerte, pero si me das otra oportunidad me pasaré el resto de mis días haciendo penitencia por ello. Te quiero, Becca; siempre te he querido.

Había lágrimas en los ojos de la joven cuando los abrió.

—Yo también te quiero.

Trace la besó suavemente en los labios.

—Cuando dijiste que ibas a volver aquí, a Los Ángeles, sentí verdadero pánico —

le confesó—. Te había perdido una vez y no puedo soportar la idea de volver a perderte. Cásate conmigo, Becca.

Sacó algo de su bolsillo, y Becca abrió mucho los ojos cuando vio lo que era.

—¡El anillo de compromiso que me regalaste! —exclamó. Alzó la vista hacia él—.

¿Lo has guardado todo este tiempo?

Trace se lo puso en el dedo; donde debía haber seguido esos cinco años, pensó.

—No podía deshacerme de él; era parte de ti; parte de nosotros. Por favor, di que sí, Becca, di que te casarás conmigo.

Las lágrimas rodaban ya por las mejillas de ella cuando levantó la mano y miró el anillo. Luego, con un sollozo ahogado, le rodeó el cuello con los brazos.

—Sí, sí que quiero.

Trace notó el sabor salado de sus lágrimas cuando la besó, y la estrechó con fuerza, como si nunca quisiese dejarla ir.

—Viviremos donde tú digas —le dijo apartándose un poco para mirarla—. —

Podemos vivir en este estudio si quieres. . aunque tendremos que buscar algo un poco mayor cuando vengan los niños —bromeó.

—Niños. . —murmuró ella con una sonrisa embelesada—. No, por supuesto que no vamos a vivir en este cuchitril —le dijo—. Podemos permitirnos algo mejor; tú eres un hombre rico, ¿no? —añadió riendo.

—Muy rico —asintió él con una sonrisa, antes de besarla de nuevo.

Becca tomó su rostro entre ambas manos y lo miró con ojos brillantes.

—Feliz Navidad, Trace.

—Feliz Navidad, Becca.

Epílogo

El anuncio, que se publicó días después en el Napa Valley Register sorprendió a toda la comunidad. Algunos pensaron que era un error de imprenta, y otros que era una broma de mal gusto.

Simplemente parecía imposible que Bodegas Ashton y Viñedos de Louret fuesen a fusionarse.

Incluso Trace, que era quien había mandado el anuncio al periódico, no acababa de creérselo.

De pie en el umbral del salón principal de la mansión, paseó la mirada por los rostros de los miembros de la familia que se habían reunido allí ese día para unirse a la celebración.

Junto a la chimenea estaba Megan, con Amber dormida en los brazos, hablando de bebés con Mercedes, mientras Simon discutía sobre negocios con Cole y Jared.

Anna y Grant, sentados en el sofá, relataban las últimas travesuras de Jack a Paige y Matt, y Jillian y su marido Seth veían un álbum de fotografías de las primeras Navidades del pequeño.

El¡, de pie junto a las puertas que daban al comedor, tenía un brazo alrededor de los hombros de su esposa, Lara, y los dos conversaban animadamente con la mujer de Cole, Dixie.

Si aquel grupo de personas se hubiese reunido un año antes bajo el mismo techo Trace estaba seguro de que la noche habría acabado como el rosario de la aurora.

Todos se habían mostrado algo vacilantes cuando les había propuesto realizar aquella celebración, incluso algo suspicaces, pero era comprensible. Todavía tenían que conocerse.

Sin embargo eran familia, y tenía la sensación de que en poco tiempo se establecerían fuertes vínculos de amistad entre ellos.

En la semana anterior se habían reunido al menos una docena de veces, con montañas de papeles legales de por medio, y habían firmado más veces que un jefe de estado a lo largo de su mandato, pero finalmente el acuerdo estaba sellado. Bodegas Ashton y Viñedos de Louret se habían fusionado y en adelante se conocerían con el nombre de Viñedos de la Concordia.

El legado de codicia que Spencer había dejado al morir había sido enterrado para siempre junto con las viejas rivalidades y enemistades. Era un nuevo comienzo para todos. Las tierras y todas las propiedades de la familia se dividirían a partes iguales entre todos, aunque habían decidido que su madre, que se había marchado el día anterior a Hawái para pasar allí una semana con Stephen, conservaría la mansión.

Unidos serían más fuertes, tanto en lo familiar como en los negocios, se dijo.

—Trace. . —lo llamó Becca apareciendo en ese momento detrás de

él y rodeándole la cintura con los brazos—, es casi medianoche.

Él se volvió con una sonrisa y la atrajo hacia sí. Becca había vuelto con él a Napa el día de Navidad y se había quedado allí. De hecho, había decidido que alquilaría un estudio en la ciudad, y habían pensado que celebrarían su boda en el mes de junio.

Todavía no estaba decidido el día ni la hora, pero Trace estaba impaciente por que llegase.

—Qué te parece si nos vamos a algún sitio donde podamos estar a solas y celebramos la llegada del Año Nuevo? —le susurró inclinándose hacia su oído—. Esto está demasiado concurrido.

—Pues creo que será mejor que vayas acostumbrándote —dijo Becca con una sonrisa—. Son tu familia.

Su familia. . repitió Trace para sus adentros, paseando una vez más la mirada por todos aquellos rostros. Aún le parecía mentira que hubiesen resuelto sus diferencias y se hubiesen convertido en una auténtica familia; una gran familia.

Luego bajó la vista a Becca. El tenerla a su lado después de esos cinco años en que temía haberla perdido para siempre era lo más increíble de todo.

—Ven —le dijo tomándola del brazo y conduciéndola a la terraza.

—Trace, no podemos. .

Apenas hubieron salido, Trace silenció sus protestas con un beso largo y sensual que la hizo suspirar y derretirse contra su cuerpo.

—Tengo algo para ti —murmuró antes de sacar una caja alargada de terciopelo negro del bolsillo de su chaqueta.

—Trace, no hacía falta que. . oh, Dios santo —musitó ella abriendo mucho los ojos cuando levantó la tapa—. Trace. .

De una hilera de diamantes engarzados en una cadena de plata colgaba un rubí con forma de corazón.

—Iba a esperar a más tarde —le dijo él sacando el collar de la caja —, pero quiero que te lo pongas ahora. Date la vuelta.

—Es precioso —murmuró ella sin aliento, mientras él cerraba el enganche. Luego se volvió hacia él—. Pero sigo diciendo que no deberías haberlo hecho.

—Pues será mejor que vayas acostumbrándote —le dijo él con una sonrisa—, porque pienso darte también el sol, la luna, y las estrellas. Es que no me ha dado tiempo a envolverlos.

Los ojos de Becca se llenaron de lágrimas. Le puso una mano en la mejilla y, mirándolo a los ojos, le dijo:

—No los necesito; te tengo a ti y tú eres lo único que quiero.

Trace se inclinó para besarla, pero sus labios apenas habían rozado los de ella cuando oyó a alguien carraspear.

Cuando se volvieron vieron a Grant y Anna en la puerta, detrás de ellos, cada uno con una copa de champán en la mano.

—Perdón por la intrusión, pero es casi medianoche, y estábamos pensando que quizá querríais uniros al brindis familiar —dijo Grant antes de mirar amorosamente a Anna.

Trace los observó con una sonrisa en los labios y se preguntó si Becca y él parecían también dos tortolitos. Probablemente sí, se dijo sonriendo aún más.

Se unieron a los demás, y cuando sonaron las campanadas de medianoche hubo multitud de felicitaciones, abrazos y besos.

Trace tomó entonces la mano de Becca y la llevó con él al centro de la sala.

Levantó su copa y dijo:

—Por la familia.

—Por la familia —contestaron los demás al unísono, antes de brindar unos con otros y beber de sus copas.

Trace no sabía qué les depararía el nuevo año, pero una cosa estaba clara, se dijo mientras atraía a Becca hacia sí y miraba en derredor con una sonrisa: no iba a ser en absoluto aburrido.

Fin.